

Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

— ¡Qué bonitas estatuas! ¿Quién es aquella que está al lado de San José?
— Exuperancia, eso no se pregunta. ¡Al lado de San José está Apolo!

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro Concurso permanente.

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

En un despacho de localidades para los toros.

AFICIONADO. — ¿Tiene usted sombra?
TAQUILLERO. — Sí, señor.
AFICIONADO. — Pues cuénteme usted un cuento.

X.

Entre madre e hijo.

LA MADRE (después de pegar a su hijo). — ¿Por qué eres tan malo?

EL HIJO (llorando). — ¡...!

LA MADRE. — Como no me contestes, te pego más.

EL HIJO. — Pero, mamá, ¿no dices que es una falta de educación contestar a los padres?

A. MARTÍNEZ. — Madrid.

Dos hermanos gemelos están molestando a una señorita con su charla, la cual, enfadada, dice:

— Son ustedes unos impertinentes.

UNO DE ELLOS. — Perdona, señorita; pero somos gemelos.

MARIANO OLIVARES. — Madrid.

Accidente.

— Pues yo a mi mujer la conocí en un accidente ferroviario.

— Ahí tiene usted una desgracia por la que no se puede pedir indemnización a la Compañía.

RODRÍGUEZ. — Madrid.

Un señor entra muy diligente en una relojería.

EL DEPENDIENTE. — ¿Qué desea, caballero?

EL COMPRADOR. — Me han recomendado esta casa como la más esmerada en composturas para relojes, y desearía que me arreglaran uno, que sentiría que no quedase bien arreglado, por tratarse de un recuerdo de familia.

EL DEPENDIENTE. — Pierda usted cuidado. Esta casa efectúa toda clase de composturas, por difíciles que sean, garantizándolas por dos años.

EL COMPRADOR. — En ese caso, le diré que se trata de un reloj de pared con caja de nogal, que me legó en su testamento mi

abuelo paterno, y deseo que me hagan de él uno de pulsera para una nietecita mía de seis años.

EULASIO. — Burgos.

— ¿Cuál es el transbordo de ferrocarril más cómodo de España?

— El de Valencia a Cullera, porque hay que apearse en Silla.

SANTIAGO SANTACRÉU. — Madrid.

En un teatro.

EL DIRECTOR DE ESCENA (a una segunda tiple que parece de Escocia, por lo extraplana). — Lo siento, señorita Golfinez; pero es imposible que figure usted en el coro de amas de cría.

ELLA (ingenua). — Puedo salir con un biberón.

ANSUADESA. — Madrid.

— ¿En qué se parece un guardia que lleva una monja detenida a uno que le ha tocado la lotería?

— En que los dos llevan una sor-presa.

VIOLÍN. — Sevilla.

— ¿Quién fué el mejor jugador de billar?

— Moisés, que subió al Sinaí por dos tablas.

— ¿En qué se parecen los laboratorios al Japón?

— ¡En que en el Japón hay quimonos y en el laboratorio hay químicos. ¿No da lo mismo qui-monos que qui-micos?

COLECCIÓN BALDOMERITO.

— Pero ¿vas a mandar al periódico ese cuento, que además de ser muy malo, lo conoce todo el mundo?

— ¡Pues sí por eso lo mando! ¿No has oído decir que «va'e más lo malo conocido, que lo bueno por conocer»?

JOSÉ BARÓ BOTELLA. — Madrid.

— ¿Cuál es el teatro de Madrid de origen volcánico?

— Es...-lava.

TAMAYO. — Madrid.

La razón.

— Oye, pequeña — le dice don Ruperto intrigado —. ¿Por qué llevas abierto el paraguas?

A lo cual responde Juanita muy satisfecha:

— Pues verá usted. Cuando llueve se lo lleva papá. Cuando hace sol se lo lleva mamá. Yo no lo puedo usar más que cuando no hace sol ni llueve...

ARTURO. — Madrid.

Entre amigas.

— ¿Qué sabes de Antonia?

— Que la pobre está arruinadísima. ¡El otro día tuvo que vender la dentadura postiza para poder comer!

EMILIANO CARCEDO. — Baracaldo (Vizcaya).

— Dime, Luisito: ¿te alegras de que haya pedido la mano de tu hermana?

— ¡Que sí me alegro!... ¡No hace más que zurrarme con ella!

EL BOMBAS. — León.

En un restaurante.

Un cliente, después de haber comido muy mal, paga su cuenta sin dar la propina al mozo.

Mientras recoge la vuelta, el mozo le dice:

— ¿Podré creer que el señor no se olvidará de mí?

El cliente, marchándose:

— Esté usted tranquilo; no soy rencoroso.

MARTINO. — Zaragoza.

En un examen de Derecho romano.

El alumno ha sacado bolas para examinarse; pero no sabiendo la lección que le ha tocado, pasa en seguida a otra que trata de la familia.

El catedrático le llama la atención; pero el alumno, a los pocos momentos, vuelve al mismo tema.

EL CATEDRÁTICO. — Pero ¡qué familia ni qué calabazas! Eso viene después.

EL ALUMNO (compungido). — Sí, señor... Eso viene después.

PENALTY. — Murcia.

El premio del número anterior ha correspondido a **J. de Cabra**.

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

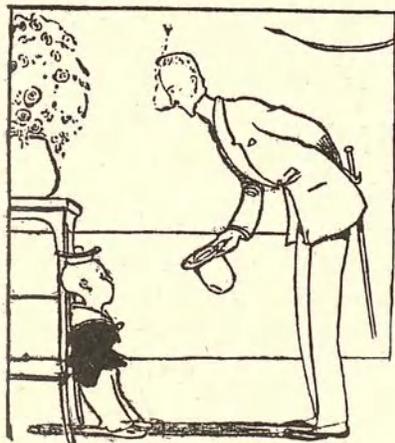
por NIGROMANTE

12. — Con orejas de burro.

1001500
1

13. — Frase guerrera.

SOLO MILLO
500 □ RIENTE
100 1923 SEPTENTRIÓN



— ¿Está tu papá?
— No, señor; ha ido a que le arreglen la dentadura a mamá.
— ¡Ah!... Entonces...
— Pero mamá sí está.

(De GIBBS, en Humorist, de Londres.)

CUPÓN
correspondiente al número 68
de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.



Dib. BONO. — Madrid

— ¡Chico, qué antipáticos me son
vuestros contrarios!
— ¡Oh, no sabes cómo me cargan!

14. — Charada de discordia.

— ¡Vaya un *prima-cuarta* que armó
Elías en la taberna del señor Silvestre!
— Ese, como no *cuarta-segunda*, es
terrible.
— Tienes razón. El jaleo fué por la
cuenta de unos *cuarta-prima* que per-
dió al mus.
— Algo más habría... Porque a mi me
consta que se *tercia-dos* con la taber-
nera.
— ¡Hombre, no, no!... Yo te ruego, al
menos, que te lo calles y no seas *todo*.

15. — En los dientes.

SALI TIFUS ENTE

Para las condiciones de este Con-
curso, véase nuestro número 66.

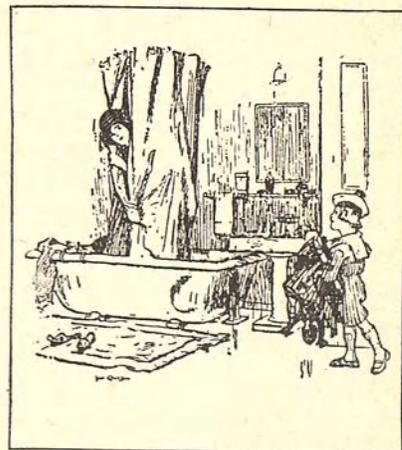
Ayuntamiento de Madrid

16. — Librote.

EN EL PIE
A
SEGURA

17. — Jeroglífico taladrante.

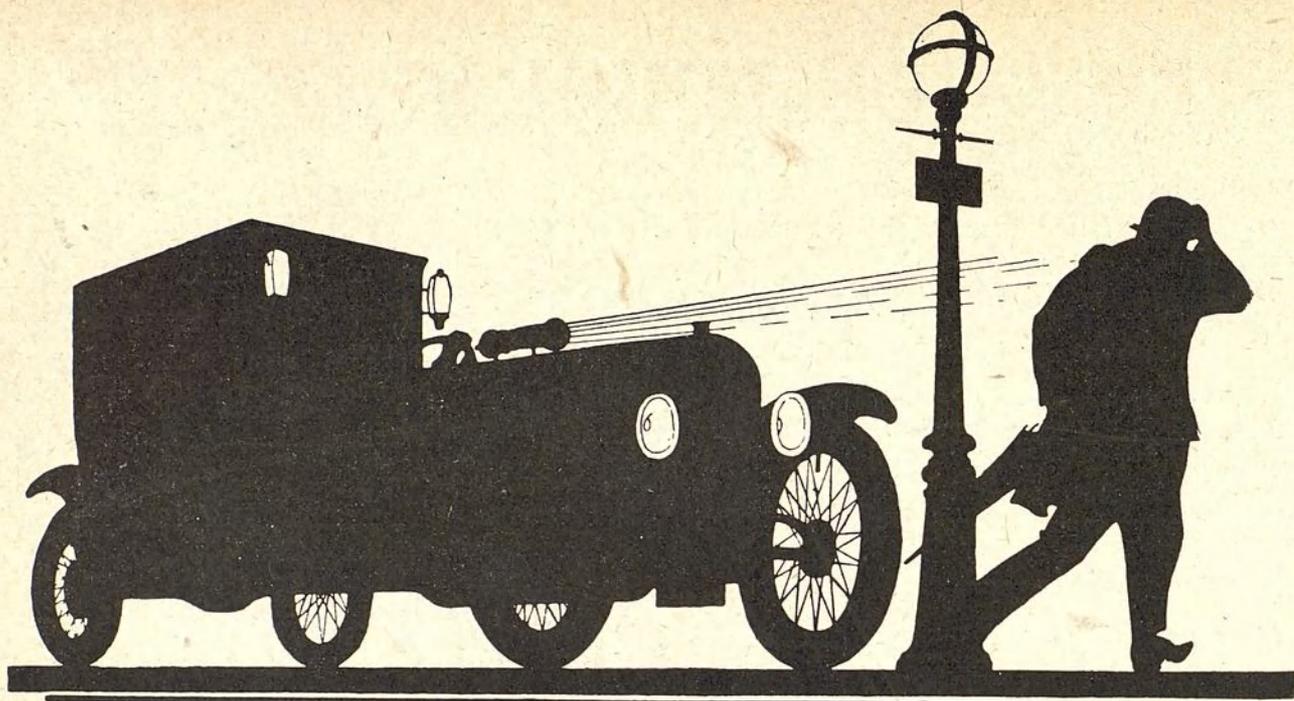
COSTAL
Terminación de la
pata de un crustáceo.
UNO Y UNO



— ¿Me dejas ir a la calle?
— ¡No!
— ¡Vente conmigo, entonces!
— ¡No!
— Te lo digo porque hay un incen-
dio en la casa.

(De JAN QUILFE, en London Opinion, de Londres.)

CUPÓN NÚM. 3
que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCUR-
SO DE PASATIEMPOS del
mes de marzo.



LA BOCINA DE UN VEHICULO.....

avisa... y muchas veces molesta. Pide que se le ceda el paso, y, por imperativa y peligrosa, se le complace... ¿Por qué no hacer lo mismo

cuando el cabello que todos los días se lleva el peine, avisa insistentemente que se corre el peligro de una calvicie o canicie prematuras?



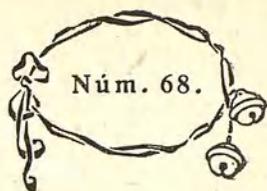
PETRÓLEO GAL

Es una loción antiséptica de tocador. Limpia perfectamente la cabeza de caspa y contiene la caída del pelo. Su perfume es fresco y agradable. Proporciona vigor y flexibilidad al cabello, facilitando el peinado. Retarda la aparición de las canas. El Laboratorio

Municipal de Madrid certificó su inocuidad en 1899. El Congreso de Sanidad Civil, celebrado en Madrid en 1919, lo premió por considerarlo el mejor preparado entre los de su clase. Veinticinco años de popularidad son la mejor garantía de su eficacia.

FRASCO, 2,50 EN TODA ESPAÑA

Ayuntamiento de Madrid



¡OH LAS INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS!



MISTER Thum-Bhon no podía vivir desde que supo que otro inglés como él, excavando, excavando, había tenido la suerte de tropezar con la momia de un rey egipcio, lo que constituía un verdadero momio.

— *All right!* — dijo en inglés para mayor claridad de comprensión de la familia; y más tarde añadió, también en el idioma de Lloyd George, que se las guillaba en busca de otra momia, porque a mister Thum-Bhon no le ponía el pie por delante, y mucho menos por detrás, ni el propio presidente del Parlamento.

Ir a Egipto resultaba una tontería, porque aquello no estaría sembrado de momias como de trigo; de manera que lo mejor era dirigir las investigaciones científicas hacia otro lado. De pronto tuvo mister Thum-Bhon una idea verdaderamente luminosa. ¡España era el país ideal, no tan sólo para las momias, sino para los momios y otras gangas por el estilo!

— ¡Oh! — se dijo —. Allí han pasado diversas dominaciones, y de todas ellas seguramente que han quedado vestigios. Los celtas, los romanos, los moros, los godos, don Pedro el Cruel, la Beltraneja, Carlos III, Carlos IV, Pepe Botella, los romanonistas...: todos han disfrutado del mando y del Poder. Allí, seguramente, hay momias y momios.

En esto se ve que mister Thum-Bhon no conocía bien a España, cuando imaginaba que después de los romanonistas podía quedar algo de eso.

Arregló sus preparativos de viaje, dijo a la familia: «Volveré a primeros de mes», frase muy corriente entre los ingleses, a los que siempre se les dice que vuelvan a primeros de mes, y embarcó con rumbo hacia acá, pareciéndose en esto a las aves cuyo vuelo canta el tenor de Marina.

Hételo ya en España — ¿Hemos dicho, hételo? ¡Bonita pa-

labra! — dispuesto a excavar en donde él creyese que podía sacar algún resultado feliz para sus investigaciones científicas si que también arqueológicas.

Pensó comenzar en Castilla, pero desistió porque sólo sacaría trigo; en Andalucía, vino; en Valencia, naranjas; en Asturias, sidra, y en Guadalajara, bizcochos borrachos; así es que juzgó lo más conveniente dirigirse a Madrid, ya que en la corte había vivido siempre lo más principalito de España entera. De haber enterrado algo que valiera la pena de descubrir, en la patria chica de Vicente Pastor estaría. ¡Sus, y a las excavaciones!

Cierto día, paseando por las inmediaciones del Cerro de la Plata, tropezó con un objeto metálico; pero además de producirle daño en el dedo gordo del pie derecho, causó en su ánimo honda huella. Al principio le pareció

que se trataba del asa de un cubo viejo; pero como mister Thum-Bhon era una eminencia en los estudios arqueológicos y hasta en los arqueológicos, miró detenidamente el objeto hallado, y entonces tuvo una gran satisfacción: efectivamente, era el asa del cubo.

— ¡Eureka! — exclamó, como podía haber dicho ¡caray!, e inmediatamente se trazó todo un programa, al que sólo le faltaba la sinfonía para que fuese completo —. Aquí hay vestigios de civilización, luego aquí han habitado seres humanos. Quizás esté sobre una tumba fenicia. Excavemos.

El sabio inglés no quiso dar cuenta a nadie de su descubrimiento, y cogiendo los instrumentos de trabajo que previamente se había llevado, comenzó a hincar el pico, decidido a llegar hasta el fondo de la tierra si era preciso; pero resuelto a no cesar en su tarea hasta

descubrir otra momia parecida a ésa del rey egipcio, hallada por su colega. ¡Cuánto tiempo cavó mister Thum-Bhon? ¡Ah, no podemos decirlo, porque no hemos llevado la cuenta, como se hace con la lista de jornales. Pasó tiempo, y el inglés, hala que hala, medido a muchos metros de tierra, seguía cavando y cavando. De Londres llegaron telegramas preguntando por él, y no hubo medio de contestar nada, porque el inglés se había perdido definitivamente para todo el mundo. No salía de allí, ni para comer, ni siquiera para comprar tabaco para su pipa. Provisto de todo lo necesario habíase encerrado allí y seguía abriendo túneles y más túneles durante días y hasta meses.

Por fin, un día sintió una emoción tremenda. Había oído un ruido lejano. Siguió cavando, y adquirió la certeza de que iba en busca de un mundo subterráneo. ¿Sería posible? ¿Acaso iba a tropezar con una raza troglodita? ¡Qué alegría, qué honor el suyo si, efectivamente, sus trabajos le llevaban hasta tan estupendo descubrimiento! ¡Con qué afán trabajó, llegando a percibir las voces más cerca!



Dib. SILENO. — Madrid.

Un día — él no sabía si era día o noche, allí metido — creyó percibir una palabra perfectamente comprensible. «¡Rediez!», habían dicho «¡Rediez!» ¿Qué idioma era aquel que hablaban a tantos metros de profundidad?

Por fin, un día, al dar un golpe de azada, hizose un boquete en la pared lateral y penetró la luz. ¡Mister Thum-

Bhon había llegado al fin de sus trabajos! Ensanchó el boquete y metió la cabeza.

— ¡Chamber! — dijeron en aquel momento.

El sabio investigador, al final de sus esfuerzos, había ido a parar a una estación del *Metro*.

A. R. BONNAT



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

— ¿No te da vergüenza?... ¡Un hombre serio, y volver a casa de ese modo!... ¿Y te atreves a mirarme a la cara?

— ¿Qué quieres, mujer? ¡A todo se acostumbra uno!...

LAS ATRACCIONES MISTERIOSAS

Pueden pertenecer al dominio de la patología moral, si queréis; pero existen, avasalladoras, indudables, extendidas por el mundo y entre todas las gentes.

A un hombre se le ocurre tejer una seda de dibujo monstruoso, abominable, horrible. A otro hombre le asalta luego la idea de disponer que con aquel pedazo de tela se hagan unas corbatas, y unas cuantas buenas mujeres las hacen. Después, un tercer señor concibe la resolución de exponer las tales corbatas en un muy historiado y abigarrado escaparate, a título de novedad, de modelo de elegancia y *dernier cri* ultrapirenaico. Son feas, feísimas, grotescas, sin garbo, sin la mocedad de lo flamante, pero con toda su antipatía. Son verdes lechuga, amarillas canario, moradas con lunarcitos bermellón. Son in-

solentes, pretenciosas, vanas, insoportables. Denuestos, no prendas; insultos, no halagos; puñetazos en los ojos, no caricia y amor para ellos, hartos de rechazar y de eliminar, ávidos de elegir y de retener. Son, en suma, abortos de la fantasía, engendros del mal gusto, muestra de la teratología que abunda en tantos talleres de corbatas y de estéticas, y de snobismos.

Pues bien: faltaba el hombre que había de mercar una de las famosas corbatas, y ese hombre excepcional surge, penetra en el establecimiento, y adquiere media docena, *variadas*. La boda entre lo ridículo y el enamorado de la ridiculez acaba de consumarse. Y encantado con su compra, le parece corto el tiempo para lucir una de aquellas corbatas que a él se le antojan maravillo-

sas. Por su gusto se pondría las seis juntas, colmándole el pecho; pero reconoce, juiciosamente, que la voluptuosidad tiene su adecuado límite. Y en la visita, en el paseo, en la oficina o en el taller, nunca deja de existir tampoco el varón que se fija en la corbata horrenda, y la halla deslumbradora, y pregunta dónde fué vendida, e indaga cuánto costó poseerla...

He aquí el caso a que aludimos, aquel que pone de manifiesto la persistencia de determinadas atracciones misteriosas. Nadie ha conseguido explicarlas, por mucho y hondo que las haya analizado. Porque poner a la venta una corbata absurda, no significa gran cosa en el comerciante, que persigue de un modo sustantivo la idea de comerciar, vendiendo. Lo magnífico, lo grande, lo asombroso, es que haya alguien que la halle agradable, y que se la lleve. Y lo mismo que con las corbatas ocurre con otras muchas y diferentes cosas, las mujeres inclusive. Hay mujeres feas, y sin dinero, y sin sentido común, que se casan. Hay escuelas literarias y pictóricas cimentadas en la exaltación de lo desgarrado, de lo pueril, de lo jiboso, de lo estrábico, que poseen tantos solicitantes como las corbatas de marras. Abundan los rostros horribles, que nos inducen a preguntarnos: «¿Y habrá alguien que bese eso?» Y los besos sobran, y se arremolinan, y se irritan como avisperos. Conocemos un oficio repugnante, vil, envilecedor, y pensamos: «¿Será posible que alguien lo acepte?» Y puesto a oposición, aspiran a él más aspirantes, ¡ay!, que arenas tiene la mar...

Indudablemente, por encima y más allá de nuestra conciencia, lo desconocido teje y esparce en torno nuestro hilillos, redes, mallas, en las que no queda otro remedio que caer. Nada existe más indómito, más insumiso, que las simpatías, los amores, las afinidades. Entre los electores y el diputado, ¿no veis establecido un nexo singular? A veces cuesta trabajo discernir cuál de todos ellos es más bruto. El sebazo de la freiduría, allá por los bajos Madriles, ¿no atrae a ciertos paladares? El chiste beocio, ¿no es irresistible reclamo y cebo de la risotada carreteril? La *Gaceta* tiene lectores. En el *Metro*, pestilente y pegajoso, viaja la gente. ¡Misterio, misterio! El cocido entusiasmo a muchos sibaritas. En la verbena ocupa puesto de honor la grasa del churro. En muchos honrados hogares se juega a la lotería de cartones, y en no pocos casinos al ajedrez. ¡Misterio siempre! ¡Atracciones escalofriadoras!... Este hombre colecciona *capicúas*; aquel pone delante de su puerta una imagen del Sagrado Corazón y detrás una herradura; el de la esquina adora los caracoles verdes de las pescaderías; el del piso de al lado luce por fin la pluma estilográfica que ambicionaba...

B. RAMIREZ ÁNGEL

EL RIZO CUENTO ANECDÓTICO

Vamos a llamarle *Reverte*, apodo que se parece mucho a su apellido, por si, pues, vive aun y cien años dure, no es muy de su gusto que se saquen a la pública vergüenza los trapillos de esta proeza suya que vamos a contar.

Reverte, hombre simpático donde los haya, fué asistente de un capitán que, ¡vayan con Dios los capitanes serios, cumplidores de su deber e inflexibles en cuanto, tocando a puntos de la Ordenanza, se refería! Así, andaba *Reverte*, a su servicio, más derecho que un huso y temeroso siempre de cometer el menor desliz, porque el capitán se iba del seguro con la celeridad del rayo, y era capaz de soltarle una andanada de denuestos y aun de golpes al mismísimo lucero del alba.

Mas si mucho importaba a *Reverte* la adustez y el genio agrio de su capitán, poco reparo puso en ello el travieso Cupido, que, adentrándose en el alma, cautivó bonitamente al *estrellado* hijo de Marte, sin esperanzas de redención. El capitán se enamoró, con impetus de cadete, de una muchacha rubia como las espigas en agosto, y desde este *histórico* momento comenzó a vivir nuestro *Reverte* — replico el pez en el agua, pues todo su quehacer se reducía a servir de tercero a los amantes llevándoles y trayéndoles cartitas amorosas, diez o doce cada día, y como el capitán no era tacaño y la novia le daba alguna que otra propineja, *Reverte*, ya lo hemos dicho, vivía feliz, sirviendo al Rey y a la Patria.

Así las cosas, un día que portecía una de las perfumadas misivas de la novia, iba pensando nuestro soldado: «Pero, señor, ¿qué diantres podrán decirse ya estos tórtolos?» Y pensando, pensando, vino a dar en la malsana curiosidad de enterarse, pues que en su mano lo tenía, y abriendo el sobre por sitio donde podía pegarlo nuevamente, extrajo la carta, y leyó la más tierna y apasionada epístola que jamás enamorada escribiera a su galán. Entre otras cosas, le decía: «Mucho me ha costado acceder a tu pretensión; pero como desde hace quince días, en todas

tus cartas me lo pides, y lágrimas quebrantan peñas, hoy, por fin, te envío el rizo.»

Y aquí de la consternación de *Re-*

verte. ¿El rizo? ¿Qué rizo? ¿Dónde estaba el rizo? ¡Ay, Virgen de los Desamparados, que ni entre los dobles de la carta ni dentro del sobre parecía!

Sin duda alguna se le cayó al abrirlo. ¿Cómo encontrarlo? Y en un día de viento como aquél, ¡vaya usted a adivinar el giro que toman pelillos al aire! Pero ¿cómo presentar la carta al capitán sin los deseos pelos?

En estos sudores y trasudores estaba *Reverte* cuando se le ocurrió una luminosa idea. El tenía franca amistad y puerta abierta en un taller de modistas, y a él se dirigió con toda la presteza que el caso requería.

Como pudo y supo refirió a sus amigas el apuro en que se encontraba, trance que, al par que a él le amargaba con los acibares de la desesperación, a las modistas producía efectos hilarantes.

— Basta de reír, niñas — dijo, por fin, la maestra —, y tú no te apures, *Revertillo*, que aquí estamos todas dispuestas a sustituir el rizo, que no es cosa de que perdamos las amistades por pelillos de más o menos. Toma las tijeras, y córtame de los abuelos el trozo que te plazca.

— Ay, maestra — replicó *Reverte* —, usted no me sirve, porque la novia de mi capitán es rubia teñida, y usted es pelicastaña tirando a negro.

— Pues ven aquí, María del Amparo, tú que eres rubita — contestó la maestra dirigiéndose a una de las oficiales.

— Tampoco — dijo *Reverte* —, María del Amparo es demasiado rubia, y, sobre todo, rubia natural. Necesito un rizo de pelo rubio, teñido.

— Pues ¿para qué estoy yo aquí, *mi alma*? — saltó un diablillo de aprendiz, dejando la labor —. ¿Para quién me oxigeno yo, sino para mi *Reverte* de mi vida? Ea, que ya está el asunto arreglado.

Y más viva que una centella se dió un tijeretazo en los rizos de la frente y ofreció, con una sonrisa, al pobre *Reverte* un gran mechón de pelo rubio, químicamente coloreado.

¡Ah, qué suspiro más grande dió *Reverte*, y cuán agradecido salió de casa de las modistas!



MONTENEGRO
Dib. MONTENEGRO. — Madrid.

— ¡Gachó! Tú siempre con papeles.
— Pa mí son una nesecidaz.
— Pues ties razón, ¡porque pa las necesidades son los papeles!



CISNEROS
Dib. CISNEROS. — Madrid.

— ¿Tienes algún proyecto para el porvenir?
— Sí. Tengo un tío riquísimo a quien no le quedan más que dos vidas.

Pero ya en la calle, y cuando iba a introducir en el sobre el rizo, le asaltó una duda cruel. ¿Qué cantidad de pelo pondría? Porque a lo mejor era sólo una hebra lo que la novia enviaba, y si él metía todo el mechón, ¿cómo explicar luego el desarrollo capilar? ¡Pues sí, que no había adelantado gran cosa! Y tomando una heroica resolución, tiró el rizo, cerró la carta, y sin pelos ni cosa que lo pareciera, se la entregó a su amo, que ya le esperaba, impaciente, sentado ante su mesa de escritorio, dispuesto a contestar a las almibaradas frases que su novia le dirigiera.

—Aguarda —dijole el capitán rasgando el sobre y empezando a leer la enamorada esquila.

—¡Me la gané! —pensó *Reverte*, viendo como al poco rato se abalanzaba el capitán al sobre que había arrojado,

buscaba dentro de él lo que ni por asomo podría encontrarse, revolvió los papeles de su mesa, y acababa por retirarse de la mesa y buscar a cuatro pies por el suelo la dadivosa ofrenda de su amada.

Aun tuvo ánimos *Reverte* para preguntarle:

—¿Se le ha perdido a usted algo, mi capitán?

—No, nada —contestó el aludido, levantándose —; espera.

Y escribió nerviosamente otra cartita y se la entregó diciendo:

—¡Volando!... ¡Ya estás aquí con la contestación!

Encomendándose a todos los santos, entregó *Reverte* la carta en propia mano de la novia, quien, dándole otra, le dijo:

—Mientras contesto, llévale ésta al capitán.

Salió a la calle *Reverte*, portador de la nueva epístola, y ya cerca de su casa iba cuando notó al facto que dentro del sobre había algo más que el fino pliego de papel: algo escurridizo y como envuelto. ¿Qué sería?

Y sin encomendarse a Dios ni al diablo abrió el sobrecillo con muchas precauciones. ¡Ah!... ¡Dentro de la carta venía, cuidadosamente envuelto en un papel de seda, el tan buscado y rebuscado rizo! En unas líneas decía la novia que en su anterior se había olvidado de incluirlo y lo enviaba inmediatamente.

¡Para suspiro de satisfacción el que dió *Reverte*!

¡De buena se había librado!

¡Porque además el rizo era negrol...

PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ



Assens Barba
1. 2. 2.

Dib. ASSENS BARBA. — Barcelona.

— Nunca debemos decir «nadie me ha visto», porque siempre hay alguien que nos ve, que lo sabe todo, que lo oye todo...

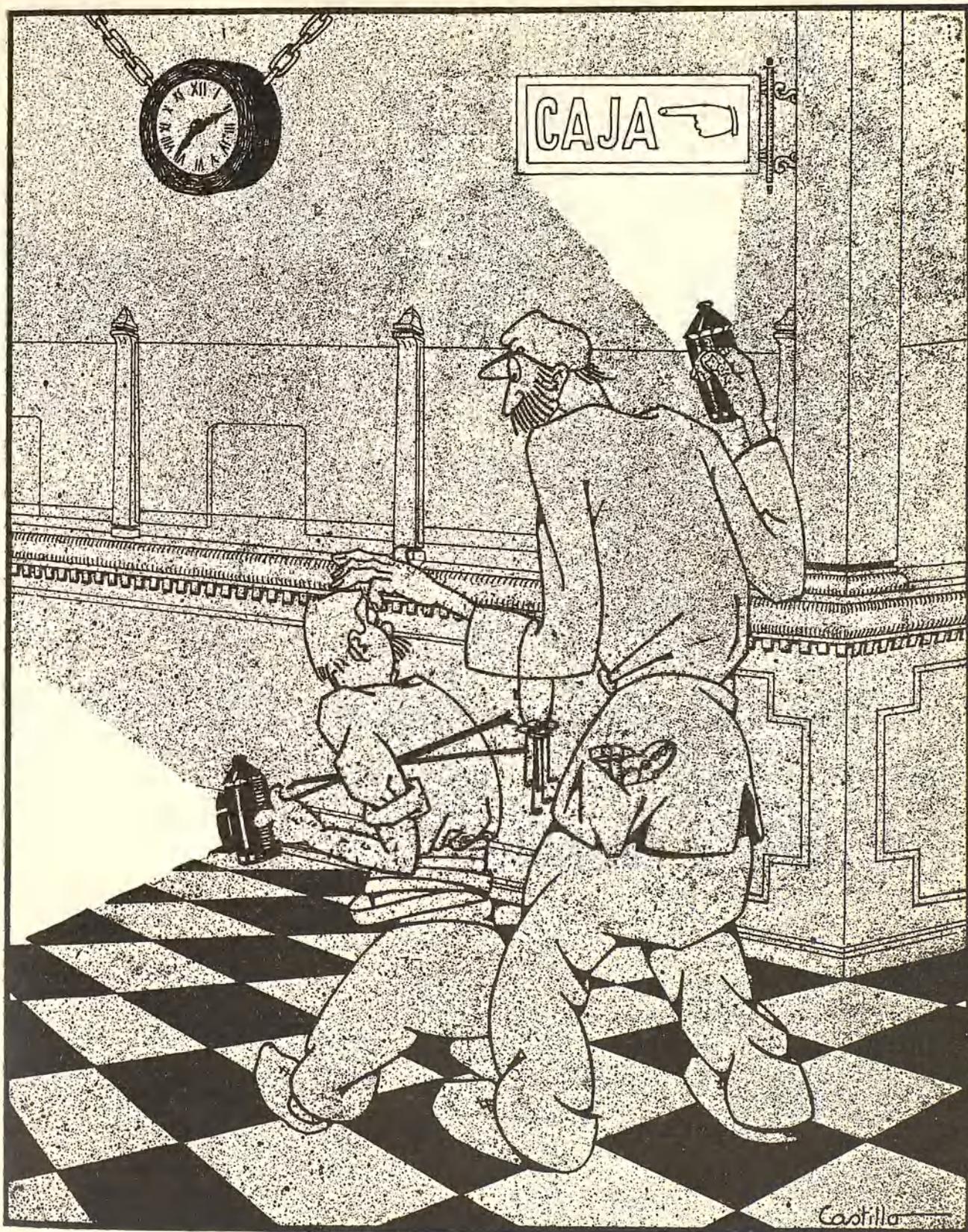
— ¡Ah, sí; la portera.



Dib. NITU. — Madrid.

ÉL. — Yo le llevaría con mucho gusto al perrito en mis brazos.

ELLA. — Tenga usted en cuenta, que para ser amigo de mi perro necesita usted muchas perras.



Dib. CASTILLO. — Madrid.

— Mira qué letrerito nos han puesto aquí... Se conoce que sabían que íbamos a venir nosotros.
— ¡Naturalmente, hombre!... En estos Bancos dan toda clase de facilidades.

Ayuntamiento de Madrid

DESDE PARÍS PROGRAMAS

CUENTO TRISTE QUE PONE DE BUEN HUMOR

I

En este hotel sosegado, reducido y familiar, que ocupa una casa cincuenta en una travesía del más honorable barrio de París, es decir, muy cerca de la plaza Vendôme, la clientela, naturalmente, está en consonancia con el establecimiento, al extremo de no saberse si son los huéspedes o la vivienda la causa del carácter discreto que se observa en las personas y cosas de dicho refugio burgés.

Dominan los viajeros ingleses, en se-

guida agrupados en el saloncito del piano, donde cada noche improvisan una apacible tertulia de smokings adelantados en su uso, y de esas *robes* de una fantasía cómica que constituyen el secreto de las viejas damas londinenses. No falta quien amenice la velada con una música de ritmo infantil; y al amparo de una pobre palmera, una Ofelia de inacabables brazos desnudos dialoga con un perro diminuto que lleva por collar un descomunal lazo de seda celeste, y entre los ladridos suena la voz de flauta de la beldad prerrafaelista.

Sólo uno de los alojados en la tranquila pensión desentona de un modo misterioso. Siempre solitario y grave,

con sus barbas negras y densas, y con su mirada lejana. Es ruso. Su cara, chata y de pómulos acusados, define al extraño personaje, que no habla ni sonríe jamás. Sencillo y correcto en el vestir, parece haber escapado a la ruina que abruma a la mayoría de sus compatriotas desterrados. Ignóranse sus ocupaciones, y no recibe visitas. En la mesa come sin protesta cuanto le sirven, y no bebe vino ni se regala con extra alguno. Debe de tener treinta y cinco años. Su actitud favorita consiste en cruzar las manos sobre su pecho y echar atrás la testa, que semeja una piedra embadurnada de pez. Así permanece largo rato, inmóvil, la mirada clara, en una visión más allá del techo, con sus grietas en el estuco...

Hay momentos, como sabéis, en las pequeñas comunidades domésticas de inevitable solidaridad. Por ejemplo, sale correteando el gozquecillo de la *miss*, alborotándolo todo, y aprueba con una mueca el señor al que derriba su periódico el can, y el conclave entero finge un escándalo pudoroso. Únicamente el eslavo, impenetrable, continúa en su aislamiento. Se ha ganado a pulso la antipatía general, que debe de tenerle sin cuidado.

Sin embargo, existe en la fondita el talismán para conmoerlo. Nadie lo sospecha, ni aun la criatura capaz del milagro. Por casualidad he descubierto yo lo que ocurre, y fué el día aquel que sorprendí en un pasillo al enigmático fantasmón, inmóvil y con fuego en las pupilas, tigre que prepara el salto, mientras desaparecían al fondo del corredor los cabellos luminosos y el contoneo de mademoiselle Georgette...

Mademoiselle Georgette, la camarera del piso segundo. Sí, una pobre, anónima *femme de chambre*. Pero también una mujercita encantadora. Menuda, sonrosada, inquieta; con hoyuelos en las mejillas y los codos, azules los ojos y alegres, la boca de cereza, desbordantes los rizos rubios, y mal contenidas las redondas y no excesivas palomas del seno. El tipo clásico de la glotonería amorosa, tal como en columpios indiscretos o en las inseguras pasarelas del arroyo lo definieron los *petits maîtres* de la pintura galante en el siglo XVIII: los Boucher y Fragonard. Y queda todavía un encanto, que no es la menor de las voluptuosidades de la señorita Jorgina: su voz, ardiente y de una falsa timidez, cuya caricia se hace plástica, y creeríais que Georgette desliza su diestra sedosa por vuestro oído...

II

El oso de la estepa paladeaba de antemano el deleite de la posesión de la muchacha, y no con la furia lúbrica, sino con un sibaritismo de *gourmet*,



Dib. RIVERO GIL. — Nador.

— Ese modisto es un sinvergüenza. Se pasa la vida cortando trajes a sus clientes.

como a los postres maceraba con el cuchillo y mezclaba con azúcar la gustosa pella de manteca que llaman *petit suisse*. De sus ásperas labores, maravillosamente, no persistía la traza en la camarera. Con la ayuda del *valet* de chaleco listado dedicábase por las mañanas a la limpieza que diríamos decorativa, y al llegar la tarde, con su uniforme negro y exacto como una sombra chinesca, con su cofia de encajes, presentábase en los cuartos según la llamaban, con el tintineo, las brillanteces y el inestable equilibrio de la bandeja del té. Conservaba por indolencia sus pequeñas pantuflas, en lugar de calzarse los zapatos de charol, y resultaba aniñada y no infundía demasiado respeto al caminar elásticamente, con sabrosa molicie, como los gatos.

Una noche se desveló el ruso — Dios o el diablo conocen el motivo —, y pudo sentir al amanecer la llegada de mademoiselle Georgette. Iba y venía la doncella conmoviendo las maderas, que crujían bajo la franja del tapiz. Acabó por levantarse el alucinado, el ogro, invadido por el deseo, y pegado al muro, en ropas íntimas, insensible al frío, se dirigió en busca de la hembra tan apetitosa. Ya no se la oía, y por fin su perseguidor la vislumbró en la escalera, en uno de sus rellanos. Al fulgor triste de una tulipa en el aire y de la azulina claridad que entraba por un ventanuco, Georgette disponíase a emprender sus tareas. Semidesnuda, envuelta en un chal, se sentó en un peldaño, y yacía como en éxtasis, presa del sueño y de una desolación mansa, y empuñaba un grueso cepillo de las botas. A su alrededor, caído, manteniéndose en pareja, hueco o con sus pernitos, sucio de barro, lamentable, grotesco, repugnante, aguardaba el calzado que depositaron los huéspedes en sus puertas al encerrarse a dormir.

El cosaco reconoció sus zapatones, y eran los más grandes y los más feos. Se juzgó culpable de un crimen: el de obligar a mademoiselle a hundir sus dedos en la humedad y la dureza de unos zuecos...

No volvió a dejarlos en el pasillo.

Cesó en sus solapadas persecuciones, y de repente declaró su amor a la camarera y se casaron.

Imaginaos los comentarios de las brujas británicas, que redoblaron su ternura para el perro, prohibiéndole que se aproximase a los desconocidos, no fuesen a resultar otros impúdicos como el bolchevique...

El cual bolchevique, que se relacionó conmigo y muy efusivamente, me confió que prefería a abusar de una desdichada y revolcarse con ella en el estiércol, redimirla de su esclavitud, indemnizarla de la brutalidad del mundo... Estos rusos son muy especiales, convengamos en que son muy especiales...

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ



Dib. MEL. — Madrid.

— No, si con razón me decían que esta muchacha me iba a salir por un ojo de la cara...

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

UN ROTO EN EL CALCETÍN

Podrá un hombre responder en todo momento de la integridad de su honor y del de su familia; pero nunca de la completa integridad de sus calcetines.

Y es porque los calcetines tienen en el mundo una misión que cumplir, y ésta es tan niveladora como la de muerte, y no respeta ni a ricos ni a pobres. Todos somos iguales ante el sagrado tribunal de Dios y ante nuestros calcetines. Igual se rompen los de lana, que los de seda, que los de algodón, que los de hilo, calados, transparentes o de talón reforzado. Con este tema socialista podría hacerse un bonito discurso.

Todo el mundo se queja de lo mismo.

Hay quien se pone unos calcetines nuevos y flamantes, y a las tres horas, una de esas almas caritativas que nunca faltan, le advierte que le asoma una *carretila* o un *tomate*, castizas palabras que designan el desgarramiento o la sección de los tejidos.

¿Y las vacilaciones a la puerta de la zapatería? ¿No son una consecuencia de los inoportunos rotos de los calcetines? Podéis observar a un hombre delante del escaparate de la zapatería. Pasea la vista distraídamente por los ejemplares expuestos. Piensa comprarse unos zapatos, pero lo disimula. Al fin divisa el par más conveniente. Da dos pasos.

Se acerca a la puerta. Va a empujar, cuando una duda terrible le detiene. ¿Llevará roto un calcetín?

El pobre hombre teme descalzarse delante de los compradores y de la dependencia, por si tiene la desgracia de dejar ver por el talón un redondelito de carne ruborizada. Nada tan inevitable ni tan ridículo.

Toda esta escena terrible se presenta al comprador, que se separa instintivamente y echa a andar, diciéndose:

— Mañana por la mañana me lavaré los pies y me mudaré de calcetines. Así tal vez esté seguro. ¡Hubiera sido horrible!...

Los calcetines son inconsistentes y caprichosos. Cuando se les ocurre romperse, lo hacen sin el menor reparo a la situación en que pueden poner a su dueño. Odian al hombre, demostrándolo de un modo egoísta e insolente.

¡Cuántas bodas convenientes se han roto por un calcetín deteriorado! ¡Cuántas amistades se han deshecho, cuántos hombres han fracasado por su causal!

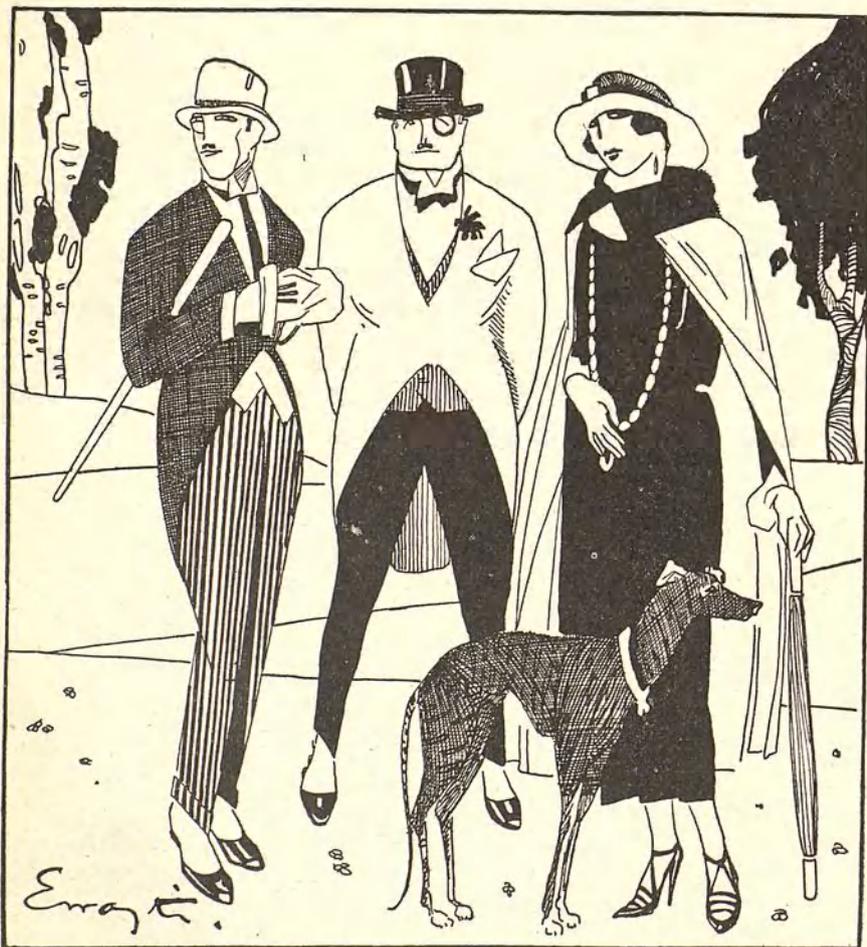
Se aprovechan cruelmente de que nos son indispensables. No hemos inventa-

do todavía su sustitutivo. ¡Ay, entonces, el día que lo encontremos! ¡Cómo podremos decirnos realmente los hombres reyes de la creación!

Pero, por desgracia, los siglos pasan bajo su dominio. Hasta dentro de unos cuantos se dirá «la edad del calcetín», como hoy se dice «la edad bárbara», en que el hombre vivía sin haber dominado a los animales, en los palafitos de sus ciudades lacustres. Después de la de las profundidades marinas, con el genio español Peral y su submarino, y la del aire con *autogiro*, del también español y sabio inventor Sr. La Cierva, la conquistista del calcetín, con el calcetín de amianto, de acero blindado, de porcelana, de madera o de alambre, irrompible y eterno, estará colmada la ambición del hombre.

Hoy por hoy, somos sus víctimas. Debemos reunirnos, afiliarnos, dar conferencias, editar folletos, subvencionar inventores para luchar y vencer a tan terrible enemigo. Podríamos llamarnos (¡perdón!) «La liga contra el calcetín»...

JOSÉ LÓPEZ RUBIO



Dib. ARTETA. — Madrid.

— Sus cuerdas, marqués, son las mejores de Francia.
— Así es mi vida: siempre entre animales.

LA POLÍTICA PINTORESCA

El duque de Almodóvar del Valle busca unas minas

Un amable lector nos escribe una carta, de la que entresacamos el siguiente párrafo:

«Me dicen, y yo no lo quiero creer, que el actual ministro de la Gobernación, duque de Almodóvar del Valle, cree en la existencia de las minas de carbón de cok. Usted, señor Tartarin, que, por lo visto, está en todos los secretos de la política menuda (muchísimas gracias, anónimo comunicante y amigo), puede aclarar mis dudas. ¿Es cierto, o no es cierto lo que le atribuyen al duque?»

¡Ciertísimo, señor, ciertísimo! Podríamos jurarlo por nuestros muertos, porque hemos oído relatar el caso a un testigo presencial que nos merece crédito. Aparte que de este bueno de Almodóvar del Valle se puede esperar todo...

El sucedido es muy pintoresco. Se desarrolló en Asturias, durante una visita que el duque, a la sazón ministro de Fomento, hizo a las minas de aquella riquísima cuenca. Era en los lamentables tiempos en que el carbón escaseaba de una manera absurda, hasta el extremo de que por las noches las calles se hallaban punto menos que en tinieblas, por falta de gas, y en los *tupis* tenían que calentar el café con astillas...

Almodóvar del Valle quiso informarse bien de las causas que determinaban la escasez de carbón, que no eran otras que la falta de material de transportes y el inconcebible desbarajuste ferroviario. Fué a Asturias el duque, y, naturalmente, hizo una aparatosa visita a las minas, acompañado de todos los ingenieros y de todos los altos empleados de las mismas. También andaban por allí los obreros, cuya presencia era necesaria para que fuesen explicando al ministro cómo se hacían los trabajos que requiere la extracción de los carbones, y para mostrarle las diversas clases de éstos.

El duque de Almodóvar del Valle se enteró bien de todo. Se le explicó lo que era la hulla, lo que era el cribado, lo que era la galleta, lo que era la antracita y lo que era el menudo. El tomaba notas sin cesar y hacía preguntas a cuantos le rodeaban.

— ¿Por qué se le llama a esto galleta?

— Por el tamaño de los pedazos, señor ministro...

— Y ¿cuesta mucho?

— Regular... El precio varía según las oscilaciones del mercado. Desde luego, lo más barato es el menudo.

— ¡Hombre, ya me lo imaginol... De modo que la galleta puede ser considerada como artículo de lujo, o poco menos...

— Sí, como el postre — murmuró, a media voz, un bromista.

A pesar de las muchas explicaciones que se le daban al señor duque, se advertía que éste se hallaba nervioso, intrigado, como si le atosigara una curiosidad no satisfecha. Y, por fin, se decidió a hablar.

— Todo lo que he visto — dijo — es muy interesante. Sin embargo, quisiera adquirir informes sobre algo de que aun no me hablaron ustedes. De este carbón que me enseñan se consume poco en Madrid. Lo que allí escasea más, lo que da origen a mayores quejas del público, es el carbón de cok. Mi deseo es que

me enseñen ustedes la producción de cok. ¿Vamos a verla?

Se hizo un silencio fatigoso y molesto. Los altos empleados de las minas no sabían qué decir. Los obreros hacían extraordinarios esfuerzos para contener la risa. El ministro insistió en su pretensión. Y no hubo más remedio que contestarle muy respetuosamente:

— Señor ministro, está usted equivocado. No hay minas de carbón de cok.

El duque, sin comprender bien, exclamó:

— ¡Caramba! ¿Que no hay minas de

cok en esta cuenca? ¡Pues nos hemos lucido! ¡Si lo sé, me voy a Puertollano, porque allí las habrá, de seguro!...

Y cuando, por fin, se enteró el prócer de que las minas de carbón de cok no existían en ninguna parte, salvo en su exaltada imaginación, se dió por terminado aquel viaje tan pintoresco y tan interesante. Porque, la verdad, era una guasa. El pobre duque no podía aparecer en ningún sitio de la cuenca minera sin que le siguiesen unas risitas disimuladas.

TARTARÍN

NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN

UN ARTÍCULO DE AURORA REDONDO ILUSTRADO POR ELLA MISMA

La bellísima e inteligente primera actriz del teatro de la Comedia inaugura esta sección, por la que haremos pasar a todas las chicas guapas de Madrid. Como pueden ver nuestros lectores, Aurorita no sólo es una actriz simpatiquísima, sino que también, cuando coge el lápiz, es una dibujante estupenda, con marcada tendencia futurista.



Aurora Redondo, por Calvache.

Esto de ser artista tiene muchos inconvenientes... ¿Lo dudas, lector? Un buen día se acerca un cariñoso amigo solicitando de usted un articulito para BUEN HUMOR. «Cualquier cosa», repite sin cesar; y usted, que sólo sabe mal defenderse en escena, piensa: «Conque un articulito, ¿eh? Cualquier cosa, ¿verdad?...; cualquier cosa me pide este hombre. ¡Ah!, y además un dibujito... Bueno, hombre, ¿conque un dibujito también? Vaya... vaya...»

Y cátrate, lector, que por debilidad de carácter me comprometí, y aquí me tienes cara a las cuartillas, sin saber qué decir ni qué pintar; porque yo, que me pinto sola..., vamos, que en el papel, si no es de calcar, ¡manay!

— Mamá, tráeme a Romanones, que lo necesito de modelo.

— Pero, hija mía, si en cuanto me ve me araña.

— No importa, sacrificate por mí.

— ¿Le vas a retratar?

— A lápiz tinta.

— Qué buen humor tienes.

— Presisamente, por el BUEN HUMOR es todo.

— Veré a ver si puedo traértelo, porque ahora anda muy enfrascado con la gata de enfrente, y se pasan el día juntos para encanto de los ratones.

— ¡Este gato mío es de lo más flamenco! ¡Hay que ver! Todo el santo día fuera de casa.

— Pero, hija mía, ¿le has retratado de espaldas?

— Como he podido, madre; se me ha

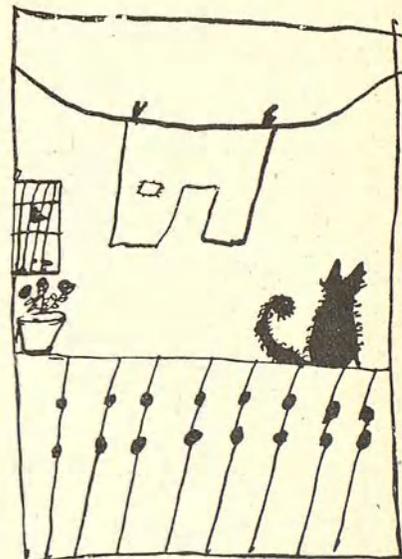


sentado en la ventana del comedor de enfrente su novia, y el pajolero gatito no había forma de que me diera la cara... Y después de todo, me alegro; porque si le retrato tal como estaba, me hubiera visto negra para pintarle los ojos, porque los tenía en blanco.

— Habráse visto el muy coqueto.

— Si tiene ella la culpa, que no le deja tranquilo.

— Porque no le conoce; pero anda, que en cuanto se entere de que hace caso omiso del serrín, le plantará en la del



rey, y si te he visto, no tengo el gusto de recordarlo.

Esto es todo lo que se me ha ocurrido, lector; yo hubiese querido hacer un tren, que de niña eran mi pasión; pero por temor a un descarrilamiento, he desistido, como también de los paisajes, ya que mis predilectos son los nevados, y son muy frescos...

Y usted, pedigüño amigo, curiosón impertinente, ya puede reírse del ridículo que me ha hecho correr.

Aurora Redondo

Teatro Cervantes.



De la Cruz Roja enfermera
Miss Mary cura a cualquiera

- un príncipe convecudo
que al final al frente a ido

- He aquí a la princesa Alicia
que el dinero despendicia

- Castro se convierte al fin
en el acto del jardín.

- Admistrava el coronel
- la fortuna de Miguel
- Este que ves al costado
dicen que en el frente ha
estado



L. Alarcón

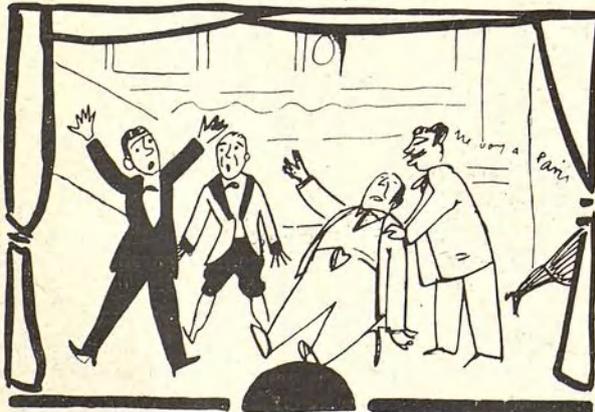
Es D. Aureo un moralista
también alcalde y ventista



Sta Gil Andre

Si a esta Eva la viere Adán
se le ban del paraíso
¿que hana? ¿omas buta-
¿un palos del quinto piso.

- un pintor. Unu tanguista
que es patrona y un buen alcalde andaluz que es el que todo lo abona.



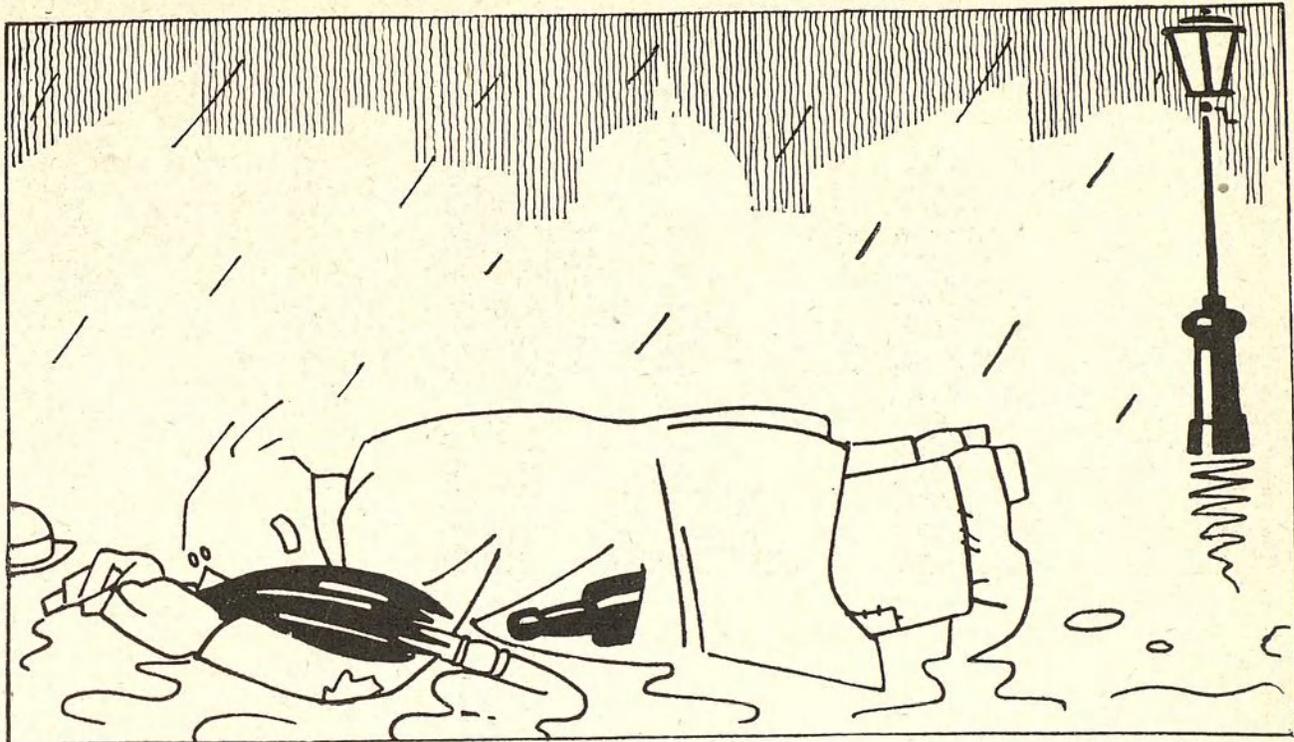
La escena en un cabaret. Las hay negras
y moridas. Eva se marcha por, pues.
Manolo se para vengarse. pero aquí no pasa
nada.



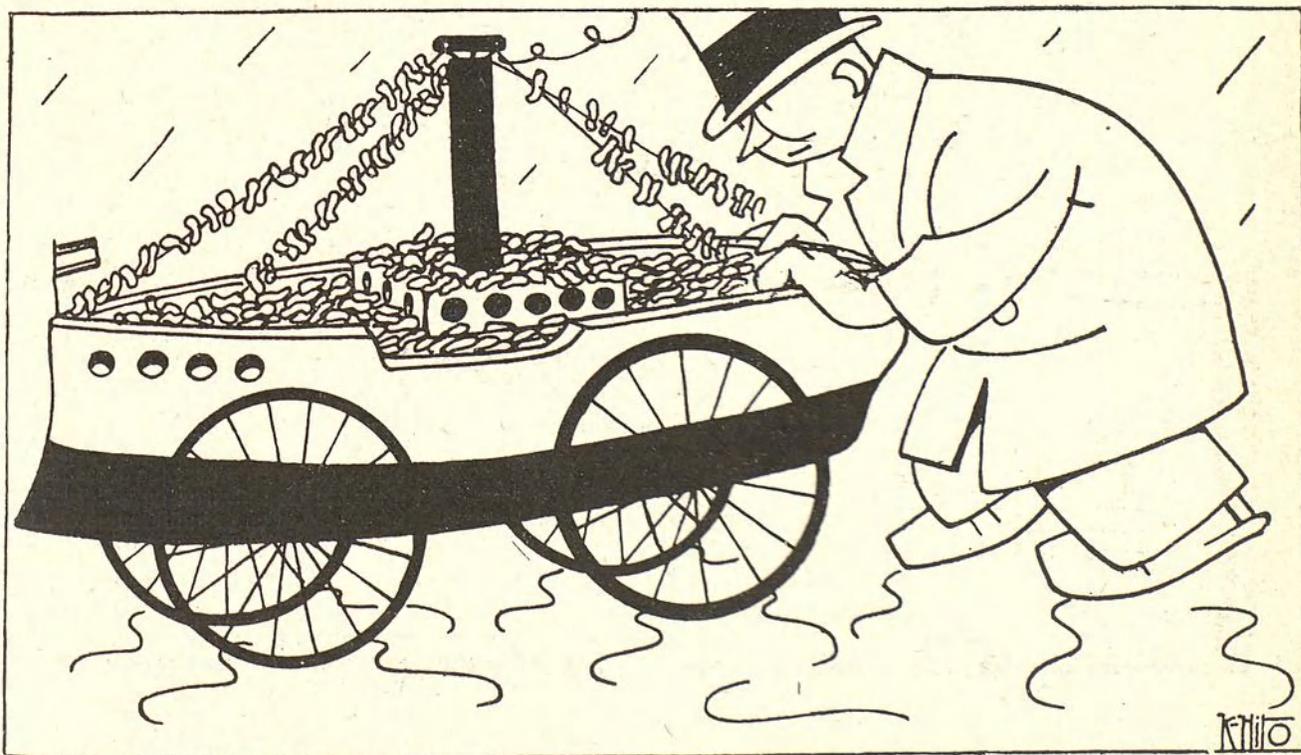
- Por mi lado el autor novel Por el otro
marcha un tren. La obra tiene mora-
leja y nos parece muy bien.

APUNTES DE ROBLEDANO

Ayuntamiento de Madrid



— ¡Pobre de mí!. Dos horas aquí, a merced de las olas... Pero ¿qué veo?... Un barco de gran porte viene a recogerme...



— ¡Cacahuéts torraéts!...

Dib. K-Hiro. — Madria.

== LAS COSAS DE LOS TEATROS

NUEVAS FORMAS DEL «INTERVENCIONISMO»

Resulta que, aunque algo tarde, los empresarios se han dado exacta cuenta de lo beneficioso que puede ser para sus sagrados intereses la intervención del público — directa, estentóreamente — en las representaciones de las obras. Los trucos de las operetas, adaptados al medio español, dieron desde el primer instante un resultado maravilloso: los martillitos para los pasodobles, los platillos metálicos, las flautas gangosas, la invitación insinuante al acompañamiento *natural* con la boca fruncida y silbando de un modo rabioso, y, por último, el orfeón horrisono, son las expresiones elocuentísimas de cómo el público que va a los teatros desea, ante todo y sobre todo, divertirse buenamente.

El último grito o, más bien, los últimos gritos, son los del auditorio que, leyendo los cantables en unos telones *ad hoc*, se produce como un coro unánime, rumoroso, a veces, desafinadísimo — igual que el otro profesional que cantó en el escenario —, y que en uso de su libérrima voluntad, y puesto que es actor y soberano, se pide a sí mismo la repetición, hasta que siente la dolorosa sensación del cansancio físico...

No hay ya teatro en el que se cultive

el género lírico que no tenga su *truco* más o menos parecido al que relatamos. Sale el público de las representaciones, si bien algo fatigadillo, con la grata impresión de haber contribuido al máximo esplendor de la obra con su esfuerzo personal.

Nosotros, como espectadores ingenuos, no podemos por menos de sumarnos a la mayoría y encontrar muy de nuestro agrado este *intervencionismo* clamoroso. Empero quisiéramos aportar iniciativas dentro de lo establecido — conste que hablamos «por boca de ganso» —, y nos vamos a permitir insinuar nuestros deseos y nuestros propósitos.

Ya que se nos invita a la actuación directa, ¿por qué limitarnos a formar en el coro?

Así, por ejemplo, cuando hay un número de baile, ¿no sería más eficaz e instructivo tolerar, a los que nos creyésemos capacitados, que nos marcásemos un fox con las primeras y segundas tiples? ¿Acaso también no sería delicioso permitirnos realizar esas evoluciones artísticas y coreográficas en que el sujeto se agarra bien al brazo ebúrneo y desnudo, y a las partes más curvadas y apetitosas de las *esculturas* femeninas que se manifiestan en los escenarios?

Por lo que valga y pueda valer, y a ruego de numerosos espontáneos, me permito hacer pública la anterior iniciativa, que, sin disputa, causaría una verdadera revolución en el teatro español.

Tal *revolución*, señores empresarios,



Dib. BELLÓN. — Madrid.

LOS FUTUROS GOYAS

— Pero ¿qué haces, demonio?

— Nada, chacha: pintando al pastel.

que a veces habría necesidad hasta de suspender las garantías constitucionales...

Y creemos que habrá necesidad de insistir sobre este punto de indudable interés para la vida del teatro.

LA NOVELA Y EL TEATRO

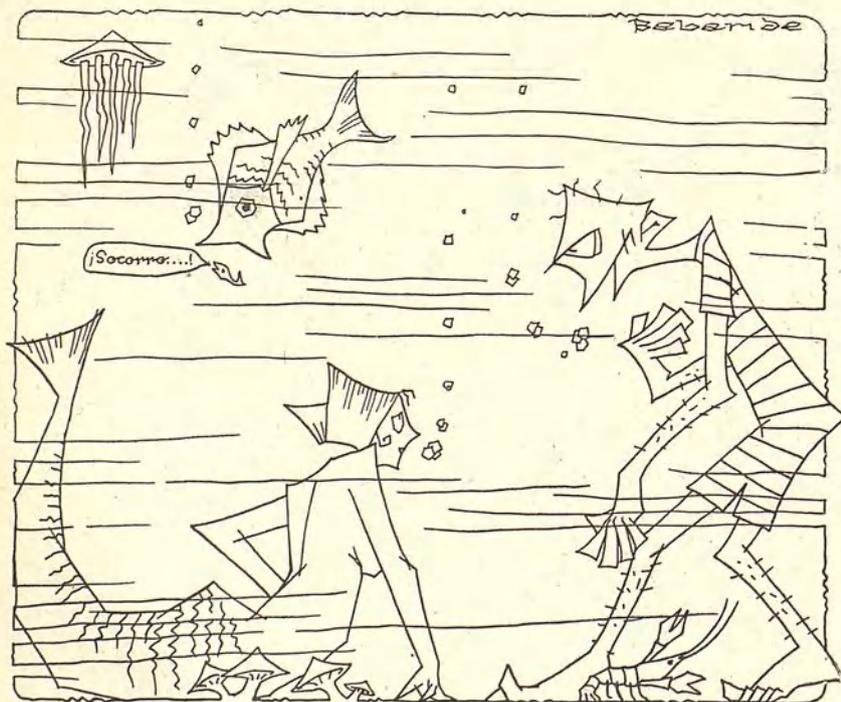
Dos o tres novelas — *Los enemigos de la mujer*, *El niño de las monjas*, etcétera, etc. — hemos tenido el honor de ver convertidas estos días en producciones teatrales. Según se desprende del fenómeno observado, la cantera dramática se va agotando y los autores recurren al género más próximo para la extracción de comedias... Pero, ¡ay!, que no todo sirve para el caso, y ya se ve también que no es oro cuanto reluce. Ninguna de las novelas trocadas en obra representable, de las que se han utilizado en días anteriores, lograron más que un triunfo mediano. Apenas *pasaron*.

No ya *El niño de las monjas*, novela modestita, sino *El enemigo de las mujeres*, del inmortal y universal y genial Blasco Ibáñez, ha fracasado en los escenarios madrileños. La literatura del segundo D'Annunzio mereció igual o peor acogida que unas escenas del más insignificante de nuestros *currinches*, y se hermanaron en la indiferencia el *astracán* y las páginas selectas del insigne D. Vicente.

En realidad, ¿es que nadie puede ser profeta en su tierra, o es que las comedias no valían la pena?

Pregunta es la anterior a la que no nos atrevemos a contestar categóricamente. Apuntemos el hecho tan sólo. Sí: *apuntemos* nosotros, que de *disparar* ya se encarga el público...

José L. MAYRAL



Dib. BEBERIDE. — Madrid.

EL NAÚFRAGO CORTÉS

— ¡A los pies de usted, señorital...

LEO LOS PERIÓDICOS, Y ME INVADEN TERRIBLES PREOCUPACIONES

Sí, distinguidos lectores míos y señores de toda mi consideración...

Hoy el leer un periódico es abismarse en un arcano, nadar en un mar espeso de incertidumbres, dudar de si uno sabe el castellano y quedarse extático ante una barrera filosófica imposible de saltar, ni aun teniendo las facultades que el *Gallo* cuando el toro le sigue amorosamente.

Yo no sé si lo que pasa en el mundo es absurdo, inextricable, oscuro y jeroglífico, o si los periódicos no saben referirlo más que jeroglífica, oscura, inextricable y absurdamente; pero el caso es que yo entendía en tiempos mucho mejor lo que escribían Carlos Marx, Nietzsche y Kant, que lo que hoy dicen *La Correspondencia*, el *Heraldo*, el *A B C* y *La Voz*.

Cada noticia es un motivo de estupefacción, cada suelto una invitación al espanto y al ensimismamiento, cada telegrama una serie de preocupaciones que torturan mi espíritu hasta un extremo lindante con la demencia, o por lo menos, con una indecente chaladura.

La semana pasada leí en un diario que Lenine estaba en la agonía; y al día siguiente, cuando yo ya le daba por muerto y me preparaba a escribir a su familia mandándole mi más sentido pésame, volví a leer que no estaba en la agonía, que donde estaba era en Moscou... ¡Y aquí me tienen ustedes meditando ante el enigma! ¿Será *La Agonía* una población moscovita que no conocemos, o será *Moscou* una enfermedad grave, traducida al ruso, que no conocemos tampoco?... Porque lo que no puede ser (y aquí de mi preocupación) es que el que esté hoy agonizando, goce mañana de buena salud, aunque en España tenemos tres curiosas excepciones, y son: D. Antonio Maura, Loreto Prado y Enrique Chicote, que hace la mar de tiempo que están muertos, y, sin embargo, continúan en sus domicilios, a la disposición de ustedes...

Pero todo esto que acabo de decirles es una vil migaja comparado con lo que voy a exponer ahora a su consideración.

Una noche de estas en que me tocaba cenar, porque yo ceno una noche sí y otra no, se me atragantó el palo de una chuleta (y estuve a punto de morir a causa del palo) leyendo el siguiente telegrama en *Informaciones*:

ROMA. — *Las autoridades municipales van a publicar un decreto prohibiendo a los enamorados besarse en los parques y otros sitios públicos, por interés de la higiene y de la moral.*

Esta restricción no se aplicará, según parece, al Cuerpo diplomático.

Como comprenderán ustedes, la noticia es para quedarse hecho un imbécil

para toda la vida. Desde luego, está claro que como se bese en la calle una pareja que no sea de Seguridad, el multazo será de órdago; pero al resto de la noticia no hay Dios que le encuentre la punta.

¿Quiéreme decir, por ventura, que si el embajador alemán atiza un pellizco a un ama de cría, será perdonado? ¡Porque sería indignante que yendo en un tranvía una romana caprichosa, se la prohibiese que diera un ósculo al cobrador, y no se le permitiera quejarse si al ministro plenipotenciario de Noruega se le antojaba morderla el carrillo

derecho o si al cónsul de Cuba se le ocurría propinarla un azotito!... ¡Y, sin embargo, esto es lo que quiere decir el telegrama de *Informaciones*, suponiendo que un servidor sepa leer, que lo voy dudando!...

Ayer también me llevé un chasco morrocotudo hojeando un periódico, *The Times*, de Londres; porque he de advertir a ustedes que yo también leo el inglés, aunque me esté mal el decirlo, que no me está.

The Times publicaba la siguiente desconcertante noticia, transmitida por su corresponsal de Nueva York:

NUEVA YORK. — *Al salir ayer del teatro Hippodrome, donde actúa una compañía de circo, uno de sus artistas, llamado Joe Flavy y conocido por el hombre de las tres piernas, tuvo la*



NUEVOS RICOS

Dib. ELÍAS DÍAZ. — Madrid.

— Oye, Sixto, cómo se conoce que los López han venido a menos. Fíjate: sólo han puesto unas tenacillas de azúcar para todos los invitados.

Ayuntamiento de Madrid

desgracia de ser alcanzado por un tranvía, que lo arrolló, sin que el conductor pudiese frenar a tiempo para evitar la catástrofe. Joe Flavy recibió espantosas heridas en una de las piernas, y hubo necesidad de amputársela. Hoy se encontraba peor.

¿Ustedes se explican esto?... ¡Porque, para mí, es inexplicable!...

¿Cómo es posible que un hombre que tiene la desgracia de tener tres piernas, y le hacen el señalado favor de cortar una, se encuentre peor?...

Aunque me lo jure Edison, que es algo más sabio que yo, no me convencerá de que un sujeto está mejor con tres piernas que con dos. Lo que querrá decir el telegrama es que está peor como artista de circo, porque le han quitado el principal instrumento de trabajo, y será probable que lo dejen cesante; o, para decirlo más claro: que Joe Flavy hubiera preferido seguir con las tres piernas a vivir con dos piernas y con la mala pata de quedarse sin comer.

No obstante mi estupefacción, calculé, al leer la antedicha noticia, que hay un hombre en España a quien le hubiera preocupado muchísimo más que a mí, y ese hombre es el conde de Romanones, mi distinguido amigo. En efecto: si D. Alvaro hubiese llegado a saber que existía en el mundo un gachó con tres piernas, habría gemido seguramente con inmensa amargura.

— ¡Cuánta riqueza hay en la tierra, y qué mal repartida está!...

O dicho de otra manera:

— ¡Unos tanto, y otros tan poco!...

En fin, volviendo a nuestro asunto, no se crean ustedes que las noticias referidas son las únicas con que se ha conturbado mi mente.

Hay más, hay muchísimas más, no sólo para hacer este artículo más largo que *Llapisera* y *Nacional II* empalmados, sino para llenar con ellas un tomo y dos te daré.

El martes pasado publicó un periódico taurino de una provincia andaluza el siguiente sueltcito:

Ayer se celebró la anunciada becerrada benéfica, con bichos de la ganadería de Parladé.

Presidieron el alcalde y los concejales señores Lafita y Martín.

El primero tomó cinco varas y mató dos pencos.

¡Como verán ustedes, esto es sencillamente horrible!

¡Un alcalde que aguanta cinco puyas y despena dos jacos infelices, no debe andar suelto, lo primero, y no debe estar al frente de un Ayuntamiento, lo segundo!

¡Debe ser destituido, exonerado, echado al corral, y conste que hablo con tanta energía porque la noticia es terminante y no deja lugar a dudas!...

Pero, ¡¡ah, señores!!

Lo verdaderamente abstruso, lo indiscutiblemente impenetrable, lo intraducible, lo ininteligible, lo abstracto y

lo tenebroso de las últimas informaciones periodísticas, está en los extractos que se han venido publicando de los discursos pronunciados por el sabio Einstein, y en alemán, para mayor claridad.

Einstein, que ha cometido la tontería de gastarse treinta y dos millones de marcos en hacer el viaje a España, a pesar de lo que se ahorra cuando lo convidan a comer (que por cierto come que asusta), se está vengando en nosotros de sus apuros económicos, y si sigue en tierra ibera un poco más, no deja aquí un cerebro en buen uso ni para contarlo.

Por él, o mejor dicho, por los periódicos, nos hemos enterado de las siguientes novedades científicas, que es una lástima que no las haya tenido en cuenta el *primo* del Káiser cuando escupió por el colmillo y provocó la guerra europea:

Que el tiempo no existe.

Que la materia no es nada.

Que los cuerpos (incluyendo los salerosos, los armados y los legisladores) no son lo que parecen.

Que el movimiento no se demuestra andando, como creíamos en España, sino que se demuestra también tumbándose en una cama y riéndose a mandíbula batiente de la criada cuando le diga a uno que son las siete y que es hora de levantarse... (Según Einstein, a las siete tampoco serán las siete; de manera que haremos perfectamente mandando a la porra a la fámula y echándonos del otro lado... ¡y ande el movimiento!...)

Estas revelaciones del sabio alemán, aparte de perturbarnos la digestión a todos los madrileños, nos han resuelto de golpe muchas angustias. Resulta que si el tiempo no existe, el tiempo que perdemos los españoles no lo perdemos, por lo cual me felicito y felicito efusivamente desde estas columnas a todos mis compatriotas. Si la materia no es nada, las narices de Sánchez Toca son una ilusión (aunque la ilusión es enorme). Si los cuerpos no son como nosotros los vemos, La Cierva es un pollo gallardo y calavera. Si el espacio no es tampoco nada y el movimiento de los relojes es una trola, Margarita Xirgu tendrá unos diez y seis años y *Chelito* comulgará por primera vez un día de estos.

¡Qué delicia!

Y como todo es relativo, Einstein, que el otro día se bebió (en tres hornajes distintos) cuatro botellas de champán él solito, resulta que ni lo ha catado.

Y aunque le acompaña su esposa, como si estuviera soltero.

Pero lo que es eso, ¡para el que lo crea!

Este Einstein es un guasón; ya lo verán ustedes el mejor día...

ERNESTO POLO

TITIRIMUNDILLO

— *De modo que, decididamente, es un sabio.*

— *Sí.*

— *¿Qué ha inventado?*

— *No sé; pero, a juzgar por el pelo que tiene, debe de ser el autor de la melenita.*

Otro banquete a Vasallo, otro lunch a Vasallo, otro almuerzo a Vasallo, otro almuerzo a Vasallo...

Ese hombre seguirá siendo vasallo; pero ahora va a serlo del bicarbonato.

Ha fallecido una señora que deja cuatro hijos, treinta y tres nietos, sesenta y tres biznietos y tres tataranietos.

¡Cualquiera le daba recuerdos para la familia! Iban a tocar a tan poco cada uno...

— *En la Princesa hizo su debut la artista Olga Frizzo.*

— *¿Gustó?*

— *Sí, señor, el debut lo frizzo con éxito.*

— *Se puede ver al través de los cuerpos. Cite usted un ejemplo.*

— *El Cuerpo de Correos.*

— *¿Qué se ve?*

— *Las cartas.*

— *¿Es verdad?*

— *Hombre, tratándose de Correos, se lo certifico.*

«No hay monopolio para aprovechar las arenas del Manzanares.»

Tampoco debe de haberlo para el aprovechamiento del agua del mencionado río.

Porque en cuanto se presente el concesionario con un cubo y lo llene, se acabó el río.

«Un niño recién nacido con el cráneo destrozado.»

Se ha evitado ir al colegio.

«Al vapor le sorprendieron los temporales en alta mar.»

Pues es raro que le sorprendieran, sabiendo que los hay. La sorpresa sería si se hubiera encontrado con una corrida de toros o una conferencia de Unamuno en esos sitios.

«Se ha comentado el haberse celebrado un banquete sin la asistencia del festejado.»

¡Anda, pues eso es el quinto acto del Tenorio!

La cena es en honor del comendador, y tampoco asiste.

Dicen que Agapito no necesita cerillas para subir de noche la escalera. Le basta abrir la boca. ¡Como se la limpia con Licor del Polo de Orivel!



LA VOZ DE LA CONCIENCIA

Dib. ROBLDANO. — Madrid.

— ¡Calla, mujer, calla!... ¡Te juro que no vuelvo a beber más!...



Dib. LÓPEZ RUIZ. — Huelva.

UNO. — Puede decirse que llevamos seis meses sin tomar tierra, señorita.
 ELLA. — Terminarán ustedes por aborrecer el agua, ¿no?
 EL OTRO. — Como que, teniendo aguardiente, ni la probamos...

LOS HORRORES DEL AUTOVAGÓN

EL LONGINES DEL SEÑOR REDONDO (al señor Redondo, que va sentado en la plataforma de un *autómnibus*). — Mucho siento decírtelo, pero creo llegada la hora de que lo sepas: si continuas sometiéndome a este régimen sísmico, no respondo de lo que pueda suceder. De antiguo conoces la regularidad de mis costumbres, la seriedad de mi carácter y lo hermoso de mi constitución. Ni un solo día — recuérdalo —, desde que andamos juntos, he dejado de cumplir mis obligaciones con la más escrupulosa exactitud, ni he olvidado por un momento los respetos debidos a mi ilustre linaje. Pero esta vida tan agitada a que de algún tiempo a esta parte te entregas y me arrastras; estas terribles travesías a bordo de este transatlántico rodado y por ese encrespado mar de baches neptunizador de Adoquín y Macadam; esto de sufrir cada veinticuatro horas cinco o seis terremotos de la Martinica de quince o veinte minutos

de duración..., todo esto, compréndelo, no puede hacerse impunemente. Nuestra naturaleza tiene que resentirse. Y, en efecto, con el presumible sobresalto he notado que mis pulsaciones, antes isócronas, se anormalizan por instantes; esfuerzos ímprobos me cuesta que la hora del cocido y la de las apariciones me encuentren ya mano sobre mano; en una palabra, chico, no me siento bien. Opino que estás haciendo de mí un disneico, si no un candidato a la parálisis; y por si aun es tiempo, te digo: el *autobús*, o yo!

LA LEONTINA DEL SEÑOR REDONDO. — Tiene razón el señor Longines. ¡Es execrable, ¿lo oyes?, del todo execrable tu conducta! ¿No se te cae la cara de vergüenza de verte aquí, con tus canas y tus lutos, en este salón de baile ambulante, bailando esa especie de danza de la rabadilla junto a esa madamaza pechugona y fondona que va sentada a tu lado gelatineando como un flan? ¿Así

celebras el aniversario de mi muerte, que hoy precisamente se cumple, y es esto, di, todo esto lo que querías a tu esposa de tu alma?... Está bien, Rodrigo; *autobusea* cuanto te pete; yo me dejaré raptar por el primer carterista que me ofrezca su mano, y tengo la evidencia de que el señor Longines no me permitirá marchar sola.

LOS «LAUREANOS» DEL SEÑOR REDONDO. — ¡Muy bien dicho! Nosotros, por nuestra parte, si sigues obligándonos con tu endemoniado baile de San Vito a esta antipática tarantela con saltos de baile ruso, te abandonaremos como tu señora leontina, pues ya tenemos propuestas la fuga a estas *beatas* que por pareja nos has dado.

EL HUESO SACRO DEL SEÑOR REDONDO. — Ni yo, ni ninguno de mis doscientos y pico compañeros, cuya representación, como el más ofendido, ostento, podemos con facilidad abandonarte, abrumados por esta enorme carga de grasa que tanto honor hace a tu apellido; pero si te empeñas en exigirnos que tan a destiempo dancemos esta espantosa danza macabra que nos deja materialmente molidos, y persistes en ofenderme, sin consideración a mi condición sacra..., entonces tiembla, sí, pero todavía más que ahora, porque la sanción que te impondremos será verdaderamente horrible. ¿No has advertido cierta semejanza entre estos gigantes coches rojos en cuya plataforma vais, polvorientos, brincoteando en apretada promiscuidad, y aquellos carros en que a la plaza de la Grève era transportada, allí en el Terror, la carne de guillotina?

»Verdad es que los nobles guillotina-dos en el 93 iban en los carros de sus decapitadores con el gentil y risueño empaque de su último minué, tal vez recién bailado en la Conserjería, y vosotros, en cambio, aun sabiendo que no os espera nadie para que echéis, del otro lado de una cuchilla, vuestra cabeza dentro de un cesto, vais todos temblorosos, convulsos, agitados, castañeteando ferozmente los dientes... Esa será vuestra venganza: llevar hasta el fin este simulacro del Terror. Cuando menos lo pienses, tus dientes castañeteantes, vindicándonos a todos sus compañeros, te guillotinarán lindamente *la sin hueso*.»

EL ESTÓMAGO DEL SEÑOR REDONDO. — Yo te digo sólo una cosa: que no me fastidies, porque ahora mismo, a toda esta gente que me has mandado a la recepción — el pollo, los calamares, las almejas —, la pongo en la puerta de la calle.

EL SEÑOR REDONDO. — Sí; yo bien comprendo que todos, todos, todos, tenéis muchísima razón; pero...

Y echando pie a tierra, y braceando como un naufrago, corre a colgarse, desalado, de las asas zagueras de otro de estos transatlánticos callejeros, en cuya popa quedan los faldones de su gabán ondeando al viento lo mismo que un pabellón.

MANUEL GALÁN

EL ÚLTIMO TRUCO

Mi padre es un fresco

Lo puedo decir porque yo no tengo la culpa. Mi padre es un fresco. Pero no un fresco así como se quiera, no. Es un fresco de categoría: un fresco, que lo ve Goya..., y lo retoca.

Es posible que yo no cumpla al pie de la letra con los deberes que ningún hijo respetuoso debe olvidar; pero es que yo cogía a Isaac el bíblico, pongo por vástago abnegado, y le daba un papá como el mío, a ver qué ocurría.

Y, sin embargo, hay una cosa que no se le puede negar a mi padre: la gracia. Es el hombre de las disculpas más absurdas y de los pretextos más inconcebibles.

Jamás olvidaré el día de mi bautizo. Mi padre, que también era mi padrino, metió a todos los invitados en el café de San Millán, salió a comprar unos dulces para los chicos y volvió... al día siguiente a sacarnos a todos de la Comisaría. ¿Verdad que tiene mucha gracia? Pues eso fué un piñonate comparado con su última hazaña, que referiré si ustedes no toman a mal que un hijo cuente estas cosas de su padre. En estricta moral, a quien deben ustedes censurar es a mi padre; pero esto es cuestión que resolverá cada uno con su conciencia.

El 8 de octubre de 1921, después de comer, salió mi padre de casa. Yo le di un beso y le pregunté:

— ¿Dónde vas, papá?

— A tomar café, hijo mío — me respondió.

— Traeme algo — le pidió mi hermano Atanagildo, que estaba preparándose para concejal.

— Bueno — contestó mi padre.

Mi otro hermano, Nicéforo, que estudiaba para Estadística, añadió:

— Tres cosas: una para cada uno.

— Bien — terminó mi padre.

Y se fué.

Aquella noche no vino, suceso que no extrañó mucho a mi comprensiva madre.

El 30 de octubre comenzamos a preocuparnos. Atanagildo, que también es reflexivo y oficial de la Cruz Roja, preguntó:

— ¿Cómo no habrá venido papá?

Nadie tuvo la delicadeza de contestarle. Mi madre sacó precipitadamente el pañuelo y se encerró en su alcoba.

El 6 de julio de 1922, cuando estábamos comiendo, dijo Atanagildo:

— Me va pareciendo un poquito extraño que no venga papá.

Mi otro hermano, Nicéforo, que ya tenía plaza en Estadística, comentó:

— Ya ha tenido tiempo de tomar mil ochenta y seis vasos de café a dos vasos diarios.

— Va a venir muy nervioso — observé yo, que toda la vida he sido un desdichado. Mi cariñosa madre me sacudió un tortazo que me llenó la cara de fideos.

El día de Año Nuevo dedicamos también un recuerdo a nuestro distraído pa-

dre. Después, cuando mamá se hubo acostado, nos reunimos Atanagildo, Nicéforo y yo, y jugamos a adivinar el pretexto con que justificaría su regreso nuestro amantísimo padre.

— Dirá que le han raptado — supe yo.

— No puede ser — objetó Nicéforo —.

Los que raptan son los trovadores, y papá no conoce a ningún trovador.

— No importa — decidió Atanagildo —; éste tiene derecho a suponer lo que quiera.

— Pues yo creo — dijo Nicéforo — que nos dirá que, obligado por un negocio, ha tenido que ir al Senegal.



URIBE

Dib. URIBE. — Madrid.

— ¿Quién te ha dicho que tengo veinticinco años?

— Tu madre.

— ¡Y mamá qué sabe!

— Mi opinión — habló Atanagildo — es que nos contará un folletín con todo lo que habéis dicho y algo más. Rapto, negocios, enfermedad en país lejano, etc.

— Pues, a ver quién acierta.
— ¡Ah! — terminó mi hermano Atanagildo, que es muy ordenado —. Estas opiniones caducarán el día que nos caemos los tres, si por entonces no ha vuelto papá.

Asentimos y nos acostamos.
Ayer, a la hora en que acostumbra a llamar el lechero, llegó papá. Todos salimos a recibirle. Venía demacrado, ojoso y con un olor a esencia muy extra-

ño en un hombre que había salido a tomar café.

Mi madre, un poco disgustada, le increpó:

— ¡Granuja! ¡Mal padre! ¡Canalla! ¡Sinvergüenza! ¿De dónde vendrás, miserable, de dónde?

Y mi padre, haciéndonos perder la apuesta a los tres hermanos y poniendo una cara muy triste, contestó:

— Calla, por Dios, Ramona, calla... ¡Si vosotros supieseis!... ¡¡¡He estado prisionero!!!...

Por la confidencia,
FRANCISCO RAMOS DE CASTRO

ALREDEDORES DE DON ABDÓN PLA

PRELIMINARES

En mi vida sucedieron cosas que se han grabado en mi mente, que no han pasado por la criba del olvido, unas veces por su extraordinaria nimiedad y vulgaridad — el paso de un vilano —, y otras por su radical desencajamiento del cotidiano. Yo he jugado a la gallina ciega con un arzobispo.

He cogido un lápiz, lo he puesto detrás de mi oreja, como si mi cabeza fuera un picador montado en mis hombros, y me propongo relatar en diversos números de BUEN HUMOR los más principales sucesos acaecidos a mi alrededor.

LOS LUNES DE MI "PICHICHI"

Ya conocéis a mi *Pichichi*, ¿no? Es mi perrito de aguas, ¿verdad? ¡Qué lo va a hacer el animal!

Los lunes es un dolor verle. Yo me levanto muy temprano los lunes y voy a la cocina.

— ¡*Pichichi!* — digo doblándome por los riñones hacia la carbonera del fogón.

Mi perrito sale tristón; tiene los ojos lacrimosos y sonrosados; el rabito chiquito como un meñique, apretado contra su molde tanto que parece que el solo esfuerzo del rabito le encoge los dos cuartos traseros; el hocico hinchado con escozor; las narices ensangrentadas.

— ¡*Pobrecito Pichichi!* — le digo acariciándole, casi húmedos mis lagrimales —. Todos los domingos te advierto que no debes salir, que te espera siempre la misma crueldad, y te empeñas en ello. Además, como resulta que yo no sé contrariarte...

El animalito me escucha, se rebulle bajo mis mimos, y lo comprende. Pero al domingo siguiente no me hace caso. Me ve con mi sombrerito y mi bastoncito, y, como todos los días de la semana, brinca y corre por los pasillos con locura, esperando el momento de que le abra la puerta. Me convence, le abro, y baja ladrando de satisfacción toda la escalera, en lo que yo bajo un tramo solamente. Después...

Después es lo terrible: mi pobre *Pichichi* tiene la antigua costumbre — heredada de su padre y de su madre — de entrar en todos los comercios y en todas las puertas de la calle todos los días. Huele, y a otra puerta. Así todo mi paseo y el suyo.

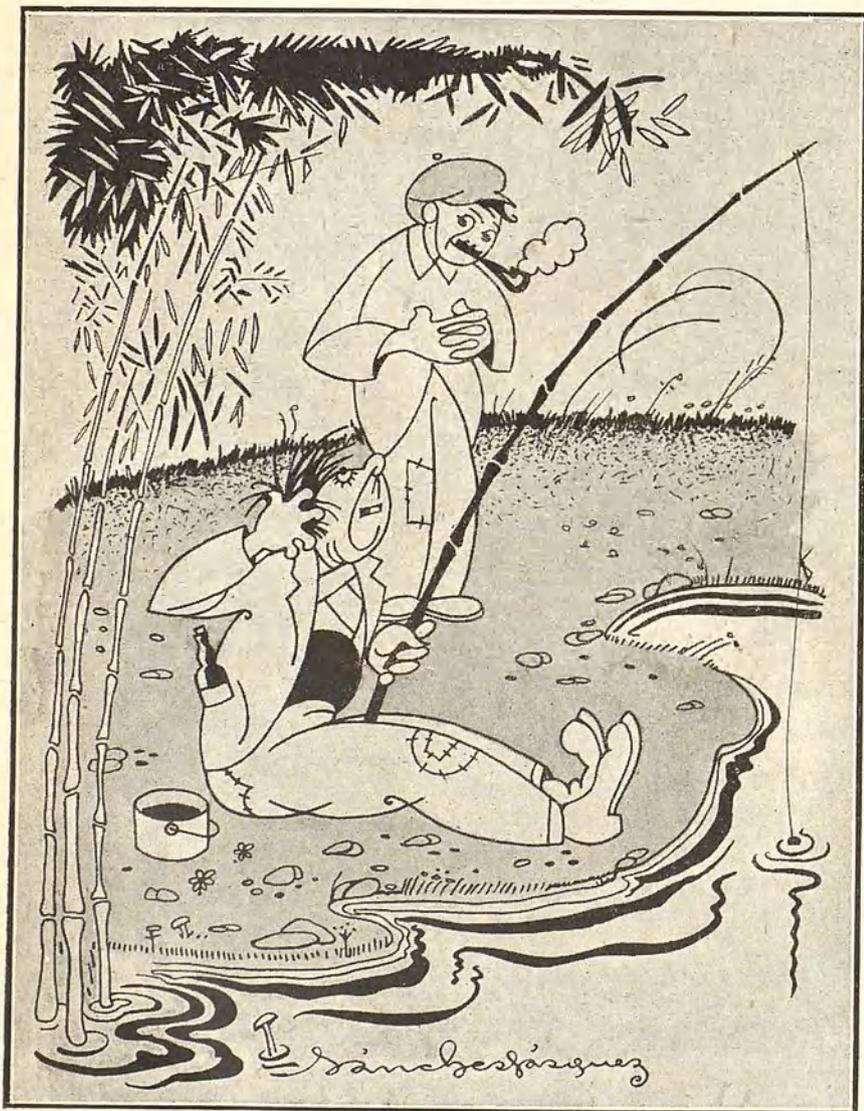
Pero el domingo — ¡pobre ángel mío! —, ¡se da cada hocicazo con los cierres metálicos!...

Es que también los comerciantes... ¡Húy, cómo son de..., de..., de cruelotes! Yo creo que lo hacen a propósito.

¡Pobre ángel mío! — ABDÓN PLA.

El mecanógrafo,

ANTONIO ROBLES

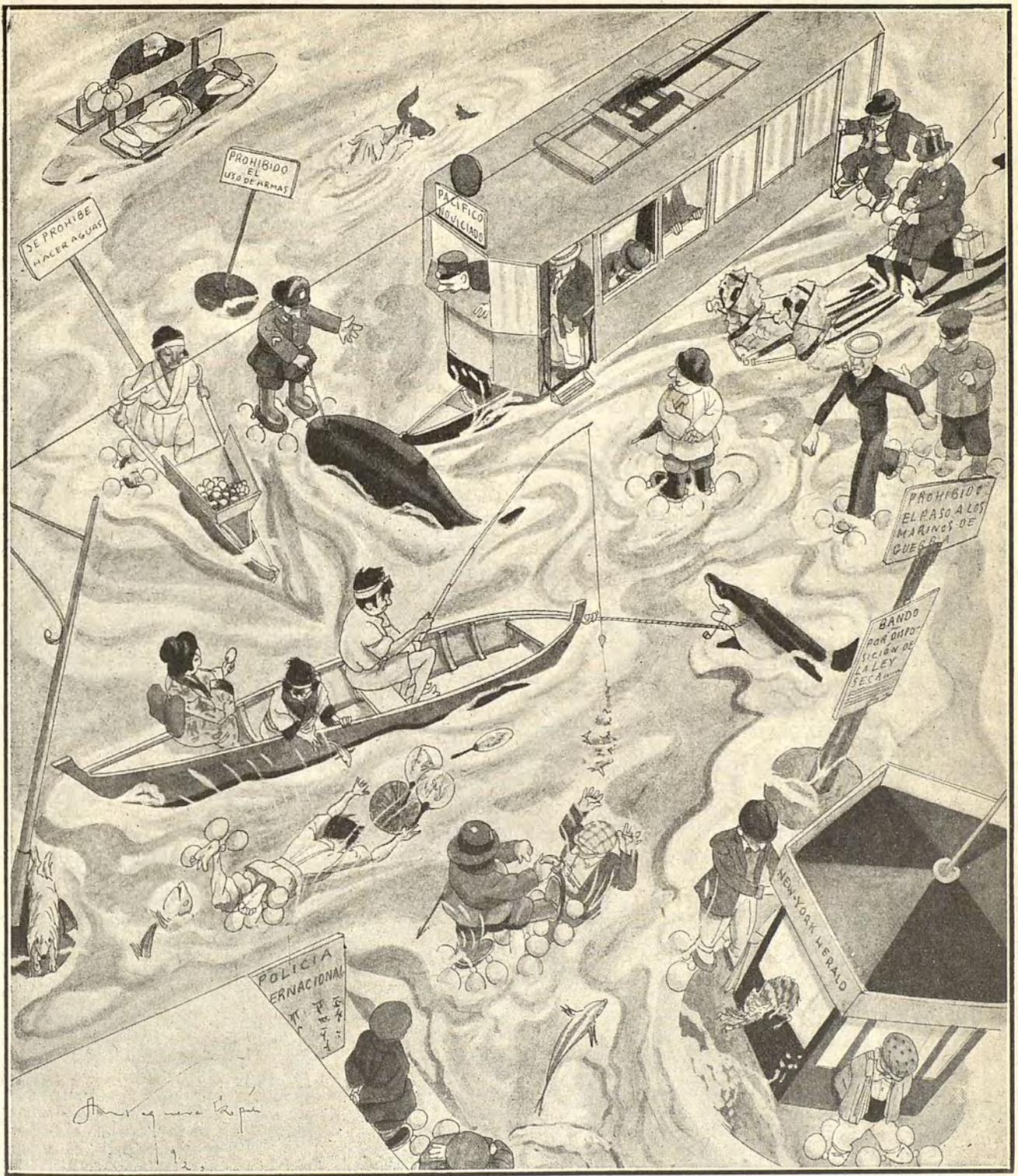


Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— Parece que pican.

— ¡Ca, no, señor! Ni una vez siquiera.

— ¿Cómo que no pican?... ¡Si se está usted rascando desde que llegué!



VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE AÉREO

SOBRE EL «PACÍFICO»

Dib. ANTEQUERA AZPIRI.
San Sebastián.

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA INSOLENTÉ BOMBA DE INCENDIOS, por Gellert Burgess

Había varias bombas de incendios en la ciudad de O'Ligg; pero entre todas, la execrable bomba número cuatro era célebre por su perversa conducta.

Era, a pesar de sus tonterías, una preciosa máquina, toda pintada de esmalte rojo y sus adornos niquelados y relucientes como si fueran de plata.

Cuando se trataba de ir a un incendio, llegaba generalmente la última, y al empezar el trabajo se hacía esperar tranquilamente. Cuando se la mandaba echar agua, lo hacía siempre en dirección contraria y en cantidad suficiente para inundar tres pueblos.

Consumía una prodigiosa cantidad del combustible más costoso, y resbalaba rechinando hasta hacer temblar el tono de sus vibraciones. Hubiera podido ser la mejor bomba de la Compañía, si hubiera querido; pero no quiso.

Los habitantes de la ciudad de O'Ligg no se sorprendieron al enterarse de que la bomba número cuatro se había fugado. Comprendieron que las cosas marcharían mejor en su ausencia.

Durante varias semanas la bomba número cuatro anduvo escapada. Dedicaba la mayor parte de su tiempo a nadar, zambullirse, meterse en el agua como un elefante, para luego secarse al sol.

Cuando se cansó de este ejercicio, se fué de cortijo en cortijo, vaciando los pozos e inundando las bodegas.

Otro de sus juegos favoritos era llenar de agua su depósito para luego lanzarla a los molinos de viento. Ella se ingeniaba para dirigirla a las aspas. Esta distracción hizo mucho mal a los molinos de viento; muchos enfermaron tanto que no pudieron trabajar ni unas cuantas semanas. Pero estos entretenimientos campestres fatigaron a la bomba número cuatro, que pensó en otra cosa excitante que hacer. Una tarde se llenó de agua y volvió a la ciudad de O'Ligg a inundar algunas calles y quitar las pinturas de algunas fachadas, para volver al lago a imaginar nuevas locuras.

Tantas atrocidades cometió, que las casas de la ciudad se consultaron para ver de atrapar a la bomba número cuatro y castigarla. Mientras buscaban el medio de ejecutar esta decisión, la bomba número cuatro mojó una vieja y respetable iglesia, que cogió en seguida una bronquitis. Entonces las casas pidieron ayuda a la oficina de Telégrafos. La oficina de Telégrafos, que era el edificio más inteligente de O'Ligg, tardó algún tiempo en encontrar remedio. Consultó a las oficinas de alrededor de O'Ligg y fijaron el plan de campaña. Se dió orden a todos los postes telegráficos de recoger sus hilos y venir en ayuda de la ciudad a recibir instrucciones. Al día siguiente, las casas se sorprendieron al ver llegar una procesión de postes telegráficos con sus

hilos al brazo, que se dirigían a recibir órdenes a la oficina de Telégrafos.

Cuando llegó la noche, los postes se separaron, marchando en opuestas direcciones para rodear la ciudad. Trabajaron toda la noche, haciendo la guardia, mientras las casas dormían tranquilamente, tejiendo con sus hilos una barrera que rodeaba la ciudad de O'Ligg. Sólo dejaron un espacio abierto para dejar entrar a la malvada bomba. Los postes esperaban atentamente su llegada. Al fin, oyeron un ruido lejano de ruedas por el camino, al lado del lago, y vieron en la oscuridad una luz que se aproximaba: era la perversa bomba número cuatro que se acercaba a la villa muy contenta, pensando en lo feliz que se le prometía aquella noche, en que pensaba inundar el piso tercero del Ayuntamiento.

La bomba número cuatro llegó a las puertas de la ciudad sin suponer que se la esperaba, y pasó por la doble fila de casas dormidas tranquilamente. Había una casa que hasta roncaba. La bomba paró y le lanzó un chorro de agua por una de sus ventanas.

Pero entonces los postes de telégrafo la rodearon por todas partes y le cortaron el paso, balanceándose imperiosamente, amenazándola con abollarla. La pobre bomba estaba loca de terror: retrocedió, salió, gimió y silbó, lanzando por su chimenea una columna de humo negro y chorros de agua por todas partes y en todas direcciones. Retrocedió bruscamente, al ver un espacio libre entre los postes; pero fué cazada en sus hilos potentes. Intentó escapar, pero era imposible: la rodeaban por todas partes. Tuvo que rendirse, desgraciadamente. Le ataron las ruedas y le apagaron el fuego. A la mañana siguiente fué paseada afrentosamente por entre la fila de casas, que se mofaban de ella. Fué conducida al parque que había en el centro de la ciudad de O'Ligg, y a la vista de todas las casas importantes, fué severamente reprendida por el alcalde.

Fué un largo discurso, en el que se hizo historia de sus crímenes, enunciando al terminar el castigo a que se la había condenado. Se le quitarían todas sus aplicaciones niqueladas y sus ruedas y sus resortes. Después se haría un gran hoyo en el parque, al lado de un pozo, donde sería enterrada y donde le colocarían un motor de gas en lugar de su precioso mecanismo. Y ahora, cuando un turista llega a la ciudad de O'Ligg, se le enseña la hermosa fuente del parque, que lanza de día y de noche un surtidor de agua de cien pies de altura.

— Es la perversa bomba de incendios número cuatro, que expia sus faltas. Está condenada por veinte años; pero si se porta bien, la dejaremos salir cuando cumpla los diez y nueve.

A. R. H.



— ¿Qué te parece ese virtuoso?

— Que le falta pasión. ¡Toca como si fuera un hombre casado!

(De Life, de Nueva York).

MÁS ZUÑIGADAS

Tiene razón.

- Un gran piano de cola, amigo Vega, le voy a regalar a mi Sofía.
- En una humilde casa eso no pega.
- ¿De cola y no pegar? ¡Qué tontería!...

Lo que son las cosas.

Anoche, en el café de San Francisco, le quitó la cabeza de un mordisco a una gamba cocida Inés Llانة la sobrina del juez de Valdecisco, y aunque es tonta y horrible en una pieza, será siempre, lector, para el marisco, *¡una moza que quita la cabeza!*

No hay que confundir...

- Sabrás — dijo Pilar a Rosa Lunas — que ayer a mi marido le han prendido.
- ¡Tendrás un gran disgusto!... Y ¿por qué ha sido?
- ¡Mujer, si me refiero a las vacunas!

A un gorrón.

Voy a sacarle a usted en los papeles como insista, ¡oh, Narciso!, en caer a la hora de la cena sobre mi domicilio. Quebrante la costumbre, señor fresco; porque usted es un vivo, y yo sé lo que quiere: que le hagamos cenador vitalicio...



Dib. B. BE. — Valladolid.

- Oye, esposo mio, voy con Ramiro a contemplar el paisaje. ¿Estarás aquí?
- Sí, querida; ve sin cuidado. Pero no te olvides que estoy en la higuera...

Síntoma colérico.

- Al ver a mi Librada tan malucha, me ha entrado mucha escama, pero mucha, y he llamado al doctor don Luis Laserna.
- ¿Y cómo es que está usted tan alarmada?
- ¡Porque anoche, a Librada, le ha dado un calambour en una pierna!

Distintos efectos.

- Yo no admito ninguna grosería. Ayer mismo, a un tal Cándido Zamora, le di una bofetada en el tranvía por quitar el asiento a mi señora.
- Pues peor es lo que ha hecho en Arnedillo con nosotros el médico Juan Muros, que ha quitado un *asiento* a mi chiquillo... ¡y he tenido que darle cinco duros!

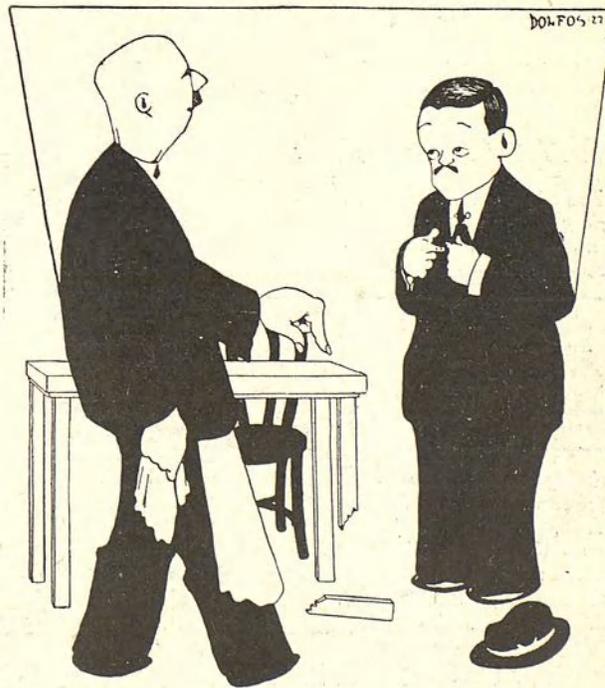
Observación.

A la niña menor de Felipa le ha salido una mancha en la tripa, y a la chica mayor de la Pancha le ha salido una tripa en la Mancha. ¡Renarices y qué vida ésta! ¡Siempre sale lo que nos molesta!

Juego monetario.

- Cuando entra en suerte el picador *Peseta*, siempre le grita Arturo:
- ¡Cítale por derecho, so maleta!
- ¡¡Duro, *Peseta*, duro!!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Dib. DOLFOS. — Madrid.

- Pero, ¡hombre!... No habiéndola roto yo, ¿es justo que pague el pato?
- No, si lo que va usted a pagar es la pata!...

¡LA LOCURA!

En una de las principales calles de Madrid vimos el otro día una película, que vamos a contar a ustedes para su regocijo.

Un caballero correctamente vestido se apeó de un coche de punto y empezó a ofrecer a los transeúntes unos pequeños paquetitos. Una señora abonó en el acto unos céntimos, y recogió su compra. Otra la imitó acto seguido. Luego fué un caballero; después una señorita...

No habían pasado cinco minutos, cuando la circulación de la calle quedó interrumpida por completo. A la media hora se presentó el primer guardia... ¡Hay que ver!... A los cuarenta minutos, el segundo guardia... A la hora, casi podemos asegurar a ustedes, sin temor a equivocarnos, que el número de representantes de la autoridad llegaba a la media docena...

Con una diligencia digna de todo elogio procedieron a organizar la muchedumbre, y a las tres horas habían conseguido formar una cola. De este modo, todos, hasta los más impacientes, pudieron adquirir lo que tanto deseaban, y el caballero agotó la existencia de paquetes que llevaba en el coche.

Entonces pudimos acercarnos y preguntarle qué era lo que le quitaba la gente de las manos. Cuanto nos lo dijo, lo comprendimos todo, como dicen en las novelas por entregas. ¡Vendía pasta dentífrica Sanolán!

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

La liga de los 20 humoristas. Madrid. — ¡Qué le vamos a hacer! ¡A nosotros, *plin!* Little-Grace. Madrid. — Efectivamente, no tiene *grace* ninguna. Ahí va una muestra:

«MELCHOR (solo).

»A doña Ana Rui-Llanos dijela con aire fino, se purgara con ricino o en polvo calomelanos. Se lo dije esto yo ayer cuando doña Ana comía, y me dijo: «¿Qué he de hacer?», pues la tripa le dolía.»

¡Así le diera a usted un cólico miserere! J. G. Melilla. — ¡Qué poco *venebolo* es usted!



Dib. FAVILA. — Madrid.

— Arturito, no vuelvo a mandarte a ningún recado.

— ¿Por qué, mamá?

— Porque nunca me entregas las vueltas.

— Ya sabes que me dijo el médico que no diera vueltas, porque me *ma-reaba*.

S. L. B. Madrid. — Efectivamente, lo consideramos impublicable.

El Escobero. — Su *Anécdota histórica* es conocida de todos. El chiste es tontísimo. Escobero..., ¡a tus escobas!

A. H. — Es una sátira bastante inocente y usada.

Padilla. Toledo. — Nuestro deseo hubiera sido gritar: «¡Padilla, bravo!»; pero ante esa estupidez, le consideramos indigno de llevar ese apellido del ilustre conuero en la imperial ciudad, que se armó por su causa. Llámese usted Berenguer o coronel Orduña, ponemos por caudillos ridículos.

Narizón. Coruña. — Su artículo sobre las narices deja mucho que desear.

J. M. L. Madrid. — Vale poco.

R. S. Málaga. — Se pagan..., según la calidad.

F. C. Madrid. — Como comprenderá usted, una cosa tan pedestre no sirve.

Balón City. Madrid. — ¡Oiga!... ¡Dédiquese a otra cosa!

A. G. B. Madrid. — Está algo mejor que lo del anterior, que vive en la misma casa que usted.

Tolet. — ¿Es usted tonto, o qué? ¡A na-

No cabe la menor duda...

Las imitan; pero en vano.

¡Pastillas, las de la Viuda

de Celestino Solano!

die se le ocurre enviarnos una cosa que ya hemos publicado nosotros!

Figarito. Sevilla. — Eso nos resulta un pequeño retroceso.

El Príncipe del Silencio. Barcelona. — No está mal Haga usted otras cosas. El principio está muy acertado, y no compensa el final, que es casi superfluo.

J. Z. — Hemos vivido hasta ahora muy bien sin sus consejos, equivocadísimo, por cierto.

M. L. Madrid. — Como comprenderá usted, aunque el final tiene gracia, no podemos publicar ese artículo, por repetir demasiado el ya discutido asunto del Non-Ato. El sello nos lo guardamos para nuestro uso particular. Muchas gracias.

Morabet. Castellón. — Va usted mejorando.

M. Acuesto. — Pues no se vuelva a levantar.

Le P. — Es de una moral un poco trasnochada.

Collado de Medrano. — No sirve, amigo.

A. L. Melilla. — Vale poquísimos.

Luis de Utrera (seudónimo). Sevilla. — Usted ¡al corral!, y a no meterse en estos trotes.

Mastodonte. — Sin haberlo leído, comprenderá usted que no podemos decirle nada.

F. M. Madrid. — ¡Ay, qué gracioso!

«ENTREACTOS

»Si quieres vivir tranquilo, aunque sea con deshonra, procura siempre, Camilo, el ir comiendo de gorra.

»Mi hermanito chiquitín, que tiene mucho salero, comprar quiere un espadín, pero que sea de acero... de *a-cero* sesenta y cinco. El chico va a dar un brinco cuando vea que se lo llevo.»

Lo que prueba que el Sr. F. M., aunque no sabe hacer versos, afortunadamente para él, es un hermano cariñoso y complaciente.

A. de P. — ¡Animal!

Sus gustos son refinados.

No hay placer del que se prive.

Por eso si se acatarra toma el Jarabe de Orive.

F. C. Madrid. — Que se conserve usted bueno.

T. M. M. Burgos. — Usted debe de ser el conocidísimo *papamoscas* de Burgos.

Carvajal. — No sirve, aunque sea usted de Estado Mayor.

P. Z. — No sirve. Y eso que tiene usted unas iniciales muy agradables. ¡Ahí es nada! ¡P. Z., y con lo malos que están los tiempos!

Fray Sopapo. Madrid. — Pacogorra. — No sirven.

Juan de Juanes. — Tiene un acierto, el de la Cosa seria. Lo demás vale poco.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS. SOLIDOS Y ECONOMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y kachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Hermanos. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



Dib. LINAGE. -- Madrid.

— Querido Fabio, ¡no puedes figurarte lo que me gusta tu compañía!...
— ¡Pues a mí más que tu compañía me gusta tu cuerpo.

JUEV